

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 763.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

La estatua del mariscal Davoust; grabado. — Revista española. — Poesías. — El Oriente en la Exposicion universal. — Llegada á Cherburgo de S. M. la emperatriz á su regreso de la isla de Wight; grabado. — Visita de SS. MM. el rey y la reina de Portugal al príncipe y á la princesa Napoleón; grabado. — Revista de París. — El castillo de Solera ó el cántaro milagroso. — El sultán en Viena; grabado. — Exposicion universal; grabados. — El ángel de los Williams. — Bellas-Artes; grabados. — Olliverio. — La vecindad peligrosa, dibujo de Bodmer; grabado. — La salida de Clichy el 24 de julio á las doce y media de la noche; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

M. Raudot, ex-representante del Yonne, M. de Bonville, hijo del amigo íntimo y del compañero de armas de Davoust, notaron sucesivamente los rasgos heroicos de tan noble existencia.

La estatua del mariscal es una obra de mérito, debida á M. Dumont, del Instituto. La estatua descansa en un pedestal de granito gris del Morvan, sobre el cual se hallan inscritos los nombres de las principales batallas que han hecho la fama del mariscal, con mas, estas dos palabras: *Suscripcion nacional*. H. V.

Revista española.

Aventuras de un viaje de recreo á la Exposicion de París. — La supresion de fiestas y las criadas. — Una conquista amorosa en un omnibus. — Triste desenlace. — Un novelista que ve visiones. — Tomar el rábano por las hojas ó á un marido por su mujer. — Un inglés-andaluz. — Los Campos Eliseos. — Peligros de la montaña rusa. — Un novelista y un chusco.

Continúan estando á la órden del dia los viajes á París á ver la Exposicion.

Las empresas de ferro-carriles han organizado viajes económicos, y el resultado que dan van á verlo mis lectores en el siguiente diálogo que he oido.

La escena pasaba en un café.

Un señor gordo, recién llegado de París, pregunta á sus oyentes si desean oír sus impresiones de viaje.

— Si, si, hable Vd., le dicen.

— Pues como iba diciendo, añade el caballero, yo vivia feliz é independiente sin ser cartaginés, por mas que haya sido comerciante antes de retirarme á buen vivir, cuando una noche me dió la gana de comprar *la Correspondencia*.

— Este verano lo pasaremos en Móstoles, me dijo mi costilla. Allí tenemos una casita con su huerta, y los chicos están en sus glorias corriendo por aquellos campos. Yo habia accedido á las pretensiones de mi esposa, habiamos formado el presupuesto, y contando con las visitas y los convites estábamos resueltos á gastar en dos meses 200 pesos. Así las cosas, entró en mi casa *la Correspondencia*.

— ¡Válgame Dios! exclamó mi consorte despues de haber recorrido la cuarta plana, porque ella, como buena comerciante, se va derecha á los anuncios.

— ¿Qué te pasa? la pregunté al oír su exclamacion.

— ¡Si parece mentira!

— ¿El qué?

— ¿No has leido?

— Habla... ¿á qué te refieres?

— A un viaje que aquí anuncian... ida y vuelta á París por 20 napoleones, y en segunda clase.

La estatua

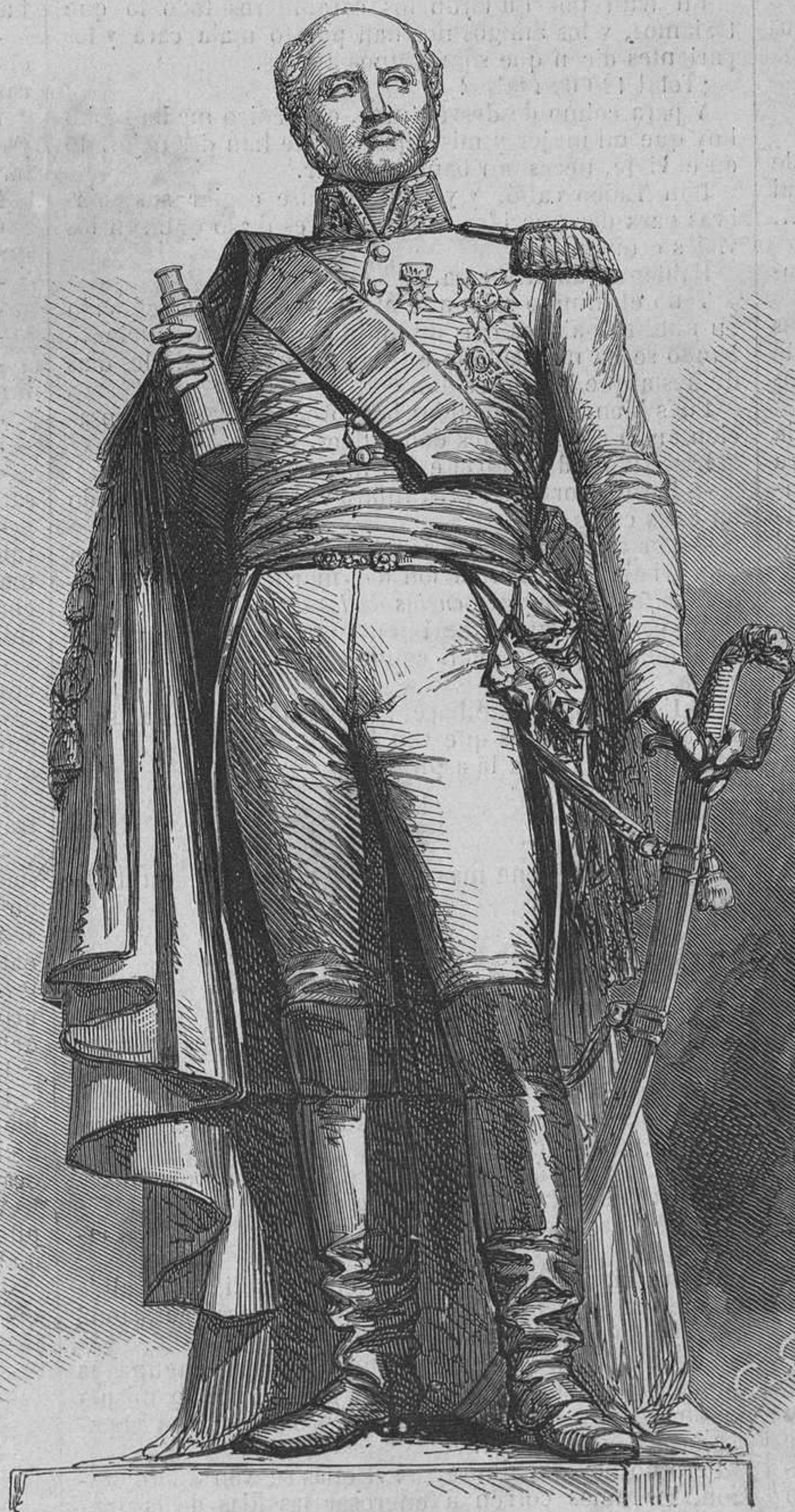
DEL MARISCAL DAVOUST.

El domingo 28 de julio ha tenido lugar en Auxerre la inauguracion de la estatua del mariscal Davoust, que en esta página reproducimos.

El mariscal Davoust, príncipe de Eckmühl, nació en 1770 en Annoux (departamento del Yonne), é hizo sus estudios en la escuela de Brienne con Bonaparte. A los quince años era teniente, á los veinte era elegido comandante, y á los treinta y cuatro, en 1804, fué nombrado mariscal de Francia. Su nombre se encuentra en la historia de célebres batallas. Aboukir, Ulm, Austerlitz, Auers-tedt, Eckmühl, etc. La defensa de Hamburgo se considera como uno de sus principales títulos de gloria: Davoust no consintió en rendir la plaza hasta que recibió órden de Luis XVIII.

Ahora añadiremos que cuando sirvió á la restauracion supo mostrarse digno. Así fué que al leer el real decreto en cuya virtud se perseguia á cierto número de generales del Imperio, pidió que sustituyeran su nombre á los de los proscritos, porque estos bizarros oficiales no habian hecho, como él decia, mas que obedecer á las órdenes que él les dió siendo ministro de la Guerra.

Todos estos recuerdos fueron elocuentemente evocados en los diversos discursos pronunciados en el banquete que coronó la inauguracion de Auxerre. M. Larabit, M. Tarbé de Sablons, prefecto del departamento, M. Frémy, diputado por el departamento del Yonne, M. Cambaceres, nieto del mariscal Davoust, M. Chelle, alcalde de Auxerre,



Estatua del mariscal Davoust, por M. Dumont, inaugurada en Auxerre el 28 de julio de 1867.

— No puede ser. Eso cuesta poco mas ó menos ir de aquí á Barcelona.

— Así será, pero ello es que está escrito y en letras de molde para que se vea mejor. ¿Sabes lo que pienso, Tadeo?

— Tú dirás, Tecla.

— ¿Por qué no vamos á Paris á ver la Exposicion?

— ¿Te has vuelto loca? ¿No hemos determinado irnos á Móstoles?

— Sí, pero...

— ¿No hemos convenido en gastar 4,000 reales?

— Ya se ve que sí.

— Pues ve echando la cuenta: tú, yo y las dos niñas á 380 reales cada uno 1,520... Hasta 4,000 quedan 2,480: por el pico para gastos de viaje, suma á razon de cinco duros diarios por los cuatro durante quince días, y todavía quedan 1,000 reales. Podemos ver la Exposicion, dar un barnicito de Paris á nuestras hijas, que ya son mozas, se casarán muy pronto y necesitan completar su educacion, y estrechándonos un poco despues, con los mil del pico y otros mil mas pasamos mes y medio.

— ¿Sabes que tienes razon?

— Yo lo creo, ir á Paris es mucho mas barato que ir á Móstoles.

Hechas así las cuentas, lo preparamos todo, resolvimos echar una cana al aire, anunciamos á nuestras hijas la resolucion, se pusieron mas huecas que antes cuando gastaban miriñaques, y comenzamos á despedirnos de nuestros conocidos.

— ¿Conque se van Vds. á Paris? nos preguntaban con envidia.

— Sí, señores.

— ¿A ver la Exposicion?

— Así parece, contestábamos con aire de triunfo.

Mi mujer salió una tarde con sus hijas, y por la noche me enseñaron una porcion de compras que habian hecho.

— Te hemos gastado 70 duros, pero tarde ó temprano habia que comprar lo que hemos comprado. Además nos hemos encargado vestidos de viaje, hoy no es posible ir por esos caminos hechas unas fachas, y lo mejor es que se nos han olvidado los mundos.

— ¡Los mundos!

— Sí, hombre, los baules.

— ¿Y el arca grande?

— ¿Quieres ir con un arca á Paris? Anda... haznos el favor, ve á comprarnos tres mundos.

Compré uno muy grande, una cartera de viaje, cuatro mantas con sus correspondientes correas y un traje completo para mí, todo por consejo de mi mujer, que se habia hecho elegante por arte de birlibirloque.

Por la noche hice mis cuentas, y pasaban los gastos preparatorios de 2.000 reales.

— Ya no nos vamos á Paris, exclamo.

— ¿Qué es lo que dices?

— Que nos quedamos sin ver la Exposicion.

— Es imposible... Despues de habernos despedido de los amigos, de haberles dado envidia, ¡renunciar al viaje! ¡Qué mas querrian los de Perez y los de Gomez!... ¡Pues poca burla harian de nosotros!

Mi mujer tenia razon: sin quedar en ridículo no podiamos retroceder.

Tomé cuatro billetes, y como eran personales y los interesados necesitaban firmar, pasé por el bochorno de tener que decir que mi mujer... padecia de los nervios y no podia coger la pluma.

Llegó el día de partir y me trajo el correo la noticia de que un amigo mio debía llegar al día siguiente. Era casi un hermano, volvia de la Habana con muchas onzas y me anunciaba que si le agradaba mi familia viviria con nosotros y dejaria á mis hijas algun recuerdo al irse al otro barrio.

¿Qué hacer en esta situacion?

Si le esperáramos se perdía el importe de los billetes; si no íbamos perdíamos su amistad y las eventualidades. Dejar lo cierto por lo dudoso era una locura; partimos, y al volver me he encontrado con una carta en la que mi amigo, sumamente ofendido, se despide de mí hasta el valle de Josafat.

— Pero ello es, le interrumpió uno de los contertulios, que Vds. se pusieron en camino.

— Sí, señor, y entre el exceso de equipajes, pesetas á los mozos, omnibus y fondas, se nos fueron mas de 40 duros. ¡Y qué necesidad pasamos! Como nuestro tren era un tren de contrata, tenia que desviarse del camino ó esperar que pasasen los trenes ordinarios, y con este motivo al llegar á las estaciones de fonda, apenas nos bajábamos llamaban... los manjares parecian ascuas, pero no nos quemaban, porque apenas los veíamos sonaba la campana.

— ¿Hay tiempo para comer? pregunté á un mozo.

— Solo le queda á Vd. el preciso para pagar los cuartos.

— Pero si no hemos comido.

— Cinco pesetas por persona.

— Tenga Vd. una moneda de cinco duros.

— Ahí van 14 reales, voy á buscar el resto.

La campana sonaba.

— ¡Viajeros, al tren!

— Estoy aguardando la vuelta.

— ¡A la vuelta se la darán, al coche!...

Por fin llegamos á Paris: un amigo oficioso me habia dado instrucciones, y sobre todo me habia recomendado á una fonda económica. Busqué la apuntacion, y ya se ve, como la llevaba con los billetes y me los habian pedido treinta ó cuarenta veces, se me habia caido: ello es que no lo hallé.

Un enjambre de moscones se apoderaron de nosotros,

ofreciéndonos hospedaje barato; sin saber cómo nos encontramos en un omnibus, y despues en la puerta de una fonda.

Eran las dos y estábamos molidos.

— A ver un cuarto, dije.

— Y al responderme mi interlocutor hice un descubrimiento terrible.

— ¿Cuál, cuál?

— El de que en Paris se habla francés, y yo ni lo sabia ni lo entendia.

— ¿Pero las niñas?...

— Mis hijas han tenido año y medio maestro; pero ellas solo entienden el francés de los libros.

Fué necesario un intérprete, el cual me dijo que podiamos hospedarnos en tres habitaciones corridas para estar en familia; pero que no nos llevarian por cada una mas que cinco pesetas.

— Todo lo mas que les costará á Vds. el hotel á que les recomiendo será dos francos cada cuarto, me habia dicho mi amigo el de la apuntacion; pero como la perdi no tuve mas remedio que apechugar con los cinco.

— Gastamos mucho, me decia mi mujer; pero no todos los días se viene á Paris, ¡y luego el viaje propiamente dicho ha sido tan barato!... yo te ofrezco que en llegando á Madrid ahorraremos.

Dejando á un lado los otros gastos menores, vamos á los indispensables para la Exposicion. Cinco francos de entrada, porque el intérprete no se separaba de nosotros; dos y medio para ver el anejo chino, dos y medio para ver el ruso, etc., etc.; y luego las tarjetas hechas en veinte minutos, y los bolitos en tres cuartos de hora, y los pañuelos tejidos á la vista, y las medallas, y las fotografías, y las plumas, y las mil socialinas que hay allí, sin contar el precio de las sillas, el de los refrescos y el de las fondas de la Exposicion, entre las cuales se distingue la española por el amor con que trata á sus compatriotas... ¡Es la mas cara! ¡Cada día de Exposicion 60, 80 francos! y no veiamos nada, porque habia tantas cosas que se le iba á uno la cabeza mirando.

Como los días eran contados y queriamos ver todo lo notable de Paris, coche y mas coche, peseta y mas peseta.

¡Y los encargos de los amigos! ¡Y los regalos de cajon para los parientes!

Por fin la noche anterior al día señalado para volver se empenó mi hija segunda en ir al teatro á ver *Hernani*. Como es muy sensible se desmayó, no pudimos ponernos en camino, tuve que tomar billetes de vuelta y... ¡adios mi dinero!

En Irun nos quitaron los carabineros todo lo que traíamos, y los amigos nos han puesto mala cara y los parientes dicen que somos unos avaros.

¡Total 12.000 reales!

Y para colmo de desventuras, el médico me ha dicho hoy que mi mujer y mis hijas, que se han desmejorado en el viaje, necesitan baños de mar.

Don Tadeo calló, y yo me propuse copiar sus palabras para dar una idea á mis lectores de lo que son los viajes económicos.

Hablemos de otra cosa.

Todo el mundo sabe que el Padre Santo ha reducido en nuestro país los días de fiesta, y que por un reciente bando se ha mandado la estricta observancia de los días de fiesta que han quedado.

Pues bien, estas medidas han producido gran sensacion en la esfera de los domésticos.

Las criadas de Madrid están inconsolables.

— Pero, ¿por qué? preguntará el lector poco versado en estas cosas.

— Por una razon muy sencilla: *salir á paseo* es para una criada la compensacion del martirio que ellas llaman *sufrir las impertinencias de los amos*, es la esperanza, el consuelo que experimentan mientras se entregan á las faenas que les han conquistado el título de *frengonas*.

— Usted, ¿qué sabe hacer? preguntan las señoras de su casa á las criadas que van á *vista*.

— Todo, contesta la aspirante.

— ¿Planchar?

— Lo fino, no.

— ¿Y lo basto?

— Eso sí, no tiene mas sino que sin querer tuesto la ropa.

— ¿Y lavar?

— Sé, pero no me gusta.

— ¿Coser?

— Un mal dobladillo, sí, señora.

— No está Vd. muy adelantada que digamos; pero en fin... se queda Vd. en casa.

— Con una condicion.

— ¡Una condicion! exclama admirada la paciente señora... ¿veamos cuál?

— La de salir á paseo un día de fiesta sí y otro no.

Este es el *summum* de su felicidad.

Por él, hasta calculan las que no saben ni leer ni escribir.

Ahora bien; con el nuevo sistema sus días de salida se quedan reducidos á la mitad, y ¡oh desesperacion! durarán sus encerronas lo menos quince días.

Puede el gobierno estar seguro de que ninguna es ministerial, y como estas pobres muchachas lo mismo sirven para un *fregado* que para un *barrido*, son capaces hasta de conspirar.

Pero no hay que apurarse: si ellas se van á la oposicion, los amos corren á engrosar las filas de la mayoría.

Saliendo menos no tendrán tantas ocasiones de caer

en la tentacion; pero ¿dejarán por eso de disfrazarse de señoritas?

Esta pregunta me recuerda un suceso reciente. Hará cosa de cinco días llegó á Madrid un capitán de infantería, joven, buen mozo y algo alegre de cascos.

Destinado desde una capital de provincia á un regimiento de los que se hallan en Madrid, envió á su costilla á la corte, y él se fué á dar un vistazo á su familia, mientras su cara mitad ponía la casa.

Esta le habia enviado las señas de su habitacion en el barrio de Pozas, y el capitán fué á la Puerta del Sol y tomó asiento en el omnibus.

Poco despues entró en el carruaje una señorita muy compuesta y tan joven como agraciada.

Quiso la suerte del capitán que no hubiera mas viajeros, y que Antonio, el conductor, descabezara un poco el sueño.

— ¿Va Vd. al barrio de Pozas? dijo el capitán á la niña.

— Sí, señor.

— ¿Creo que es un buen barrio?

— Sí, señor... yo vivo allí desde hace quince días con mis papás.

— ¿Tiene Vd. papás?

— Sí, señor... he ido á Madrid á buscar unos retratos, y como hace tanto calor y están un poco delicados, no he querido que me acompañen.

— ¿Son de Vd. los retratos?

— Sí, señor.

— ¿Están parecidos?

— Aquí los llevo, mire usted.

— ¿Sabe Vd. una cosa?

— ¿Cuál?

— Que es Vd. la mujer mas bonita que he visto en los días de mi vida.

— Es favor.

— Yo soy muy franco... me gusta usted: ¿quiere usted que seamos amigos?

— No le conozco á usted.

— Déme Vd. una cita para que hablemos.

— ¡Ay! yo no salgo sola.

— ¿Y hoy?

— Esto ha sido una casualidad.

— Sin embargo; ¿usted qué pierde con que hablemos?

— Es verdad, y si yo me atreviera...

— Vamos... ánimo.

— Pues bien, el domingo le espero á Vd. en el jardín de Apolo.

— Déme Vd. un retrato para aliviarme de mis penas hasta el domingo.

— ¿Qué malo es usted? dijo la señorita guiñándole el ojo y dándole una prueba fotográfica que guardó el capitán en su cartera.

El omnibus se detuvo delante del café, bajó la joven y el capitán encontró á un compañero y se puso á charlar con él.

Media hora despues llamó á su casa.

Consideren mis lectores cuál seria su asombro al ver que le abrió la puerta... su compañera de omnibus.

— ¿Va Vd. á comprometerme? dijo.

— ¿No vive aquí doña Fulana de Tal?

— Sí, señor.

— ¿Esposo mio? exclamó una señora saliendo al recibimiento.

— ¡Era el amo! se dijo la criada consternada.

El capitán se hizo el olvidadizo.

— No me gusta esa criada, dijo á su esposa; es necesario que la despidas.

— Pensaba hacerlo, porque es muy remilgada. Figúrate que hoy mismo, sabiendo que te esperaba, se ha marchado á buscar unos retratos, y ha tenido la desfachatez de decirme que son para su novio, que es un militar.

— Nada, nada, échala; voy á dormir un rato... procura que no la vea cuando me despierte.

— ¿Por qué le habrá tomado tanta ojeriza? se preguntó la capitana; y como buena hija de Eva, se puso á registrar los bolsillos de la levita de su esposo.

La cartera cayó en sus manos, y poco despues el retrato de la doméstica.

— Ya lo comprendo todo, se dijo enfurecida... y presentando el cuerpo del delito á la criada, la hizo cantar de plano, y en seguida la echó con cajas destempladas.

Afortunadamente, el crimen no habia pasado de conato, y el castigo que dió á su galanteador marido fué leve. Pero esto es entrar ya en el dominio de la vida privada; y no porque haya cometido una indiscrecion debo cometer dos.

Hé aquí otra anécdota amorosa.

Un novelista bastante acreditado pasa con su escribiente al lado de una señora joven y con todas las condiciones para excitar la admiracion de cuantos tienen ocasion de verla.

Al pasar toca — por supuesto sin querer — toca, repito, levemente el codo del discípulo de Cervantes, que, dicho sea de paso, es muy corto de vista.

— Esa mujer me ha hecho una seña, exclama.

— ¿Quién? le pregunta su amanuense.

— ¡Vaya una buena moza!

— Yo lo creo.

— Se lleva detrás todos los corazones.

— Sigámosla.

— Sigámosla.

Andan un breve trecho, y la ven entrar en una casa.

— ¿Portera?

— ¿Mande usted?

— ¿Vive aquí esa señora?

— ¿Por qué me lo pregunta usted?
 — Porque deseo saberlo.
 — Es que...
 — Tome Vd. un duro.
 — ¿Qué cosas tiene Vd!... Pues sí, señor, aquí vive, pero está casada.
 — Que Vd. lo pase bien.
 — ¿Desiste Vd. de su empeño? pregunta el amanuense.
 — ¿Desistir yo?
 — ¿No ha visto Vd. la seña que me ha hecho? Esa mujer me conoce, y está muerta por mí. Afortunadamente vive en la misma calle que yo, y desde los balcones podemos entendernos.
 Al día siguiente encuentra el amanuense al novelista asomado al balcon, cuando creía hallarle en el momento de despertarse del primer sueño.
 — ¿Qué es eso? le pregunta.
 — Nada... que aquella dama y yo estamos entendiéndonos.
 — ¿Es posible?
 — Mirela Vd. al balcon.
 — No la veo.
 — Hombre, sí... la he saludado y ha respondido á mi saludo.
 — Francamente, no veo...
 — Allí, en el principal.
 — Solo veo á un hombre.
 — Es preciso estar ciego... ¿no ve Vd. el vestido rameado?
 — Es la bata.
 — A ver los gemelos... Calle, pues es verdad... creía hacer telégrafos á la mujer, y era al marido. Entonces ¿á qué fué lo del codo?...
 — No fué ni mas ni menos que darle á Vd. codillo. Es histórico.
 Asistamos á otra escena. Son las ocho de la noche. La escena pasa en el café del Siglo.
 En una mesa hay sentado, tomando un ponche, un caballero como de treinta á treinta y cinco años, alto, rubio, con patillas muy largas. Los que ocupaban las mesas inmediatas se han dicho unos á otros que es inglés.
 Pasan cinco minutos y entra un chicuelo ofreciendo un décimo de la lotería.
 Llega á la mesa del *gentlemen*.
 — Caballero, cómpreme Vd. este décimo, que le va á caer á usted.
 El inglés no contesta.
 — Ande Vd., señorito, no deje Vd. la suerte.
 Milor, que continúa impassible, toma un sorbo de ponche.
 — Mire Vd. que le vendo el premio grande.
 El chico insiste; el inglés continúa bebiendo ponche.
 — Déjale en paz, ¿no ves que no te entiende? dicen los de las mesas inmediatas al vendedor del décimo.
 — ¿Es franchute?
 — Es inglés.
 — Yo haré que me lo compre.
 Y acercándose á él grita:
 — Cómpreme Vd. este décimo, *monsieur*.
 Ni por esas.
 Al cabo de media hora el chicuelo se cansa y emigra.
 — ¿Qué paciencia! dicen los circunstantes: eso se llama tener *flema*.
 — No, señores, es *guasa*, exclama el lord con todo el acento de un andaluz consumado.
 Había querido embromar á los que habían calificado su nacionalidad, y lo consiguió.
 Digamos ahora algo de las diversiones madrileñas.
 En los Campos Eliseos la compañía de cuadros mímicos-mágico-plásticos de Chiarini, tiene condiciones para agradar á todas las clases y á todas las edades.
 Barbieri, que es á un mismo tiempo el Musard y el Padeloup de España, ha logrado crear un público *amateur* que le adora, y en cuanto anuncia una batalla musical, acude á verle dirigir sus legiones, seguro de asistir á un triunfo.
 Es imposible una direccion y una ejecucion mas acabadas.
 Además, los aficionados á embarcarse pueden cruzar en la endeble barquilla las azuladas ondas del estático lago, respirando el perfume de las flores, oyendo los latidos del corazón de la mujer amada que se ha embarcado con ellos, fijando los ojos en el azulado manto de la noche, que ilumina la plateada luna, escuchando los acordes de la orquesta y viendo los infinitos juegos con que la pirotécnica recrea la vista de los espectadores.
 ¡Y la montaña rusa! ¿En dónde me dejan Vds. esa inocente diversion que ha producido ya mas de 200 matrimonios?
 — Mamá, dice una niña, yo queria bajar por la montaña.
 — Tú sola no.
 — Pues ven conmigo.
 — No faltaba otra cosa, á mi edad ir tan de prisa.
 — Pues me acompañará Juanito ¿no es verdad?
 — Sí, señora... si su mamá permite.
 — Ya sabe Vd. que tengo confianza en Vd. porque es juicioso y...
 — Gracias.
 — Y heredero de una fortuna de 40,000 duros, dice aparte la mamá, completando la frase.
 — ¿Conque si quiere Vd.? añade la niña.
 — Sí, hija mia, sí.
 — Vamos, Juanito.
 — Yo les espero á Vds. delante del café.

Los dos jóvenes se colocan en el trineo, el vehiculo parte, la niña se asusta.
 — ¡Ay! Juanito, Juanito, cójame Vd. la mano.
 — ¿Se marea usted?
 — Sí.
 — Eche Vd. la cabeza sobre mi hombro y cierre usted los ojos.
 — ¡Ay, ay, ay!
 — Ya hemos llegado...
 — Gracias.
 — Crea Vd. que no olvidaré en mi vida el peligro que hemos corrido juntos.
 — ¿De veras, Juanito?
 — Sí... prenda mia.
 — Entonces se lo confesaremos á mamá para que nos bendiga.
 Cuatro meses despues, lo que tarda la Vicaría en despachar el expediente, hay una boda.
 La montaña rusa es peligrosa, como se ve, pero solo para los hombres impresionables.
 Concluiré mi revista anunciando á mis lectores que Fernandez y Gonzalez se ha marchado á Paris, dispuesto á inundar la Francia de novelas.
 — Pero ¿por qué se va Vd.? le han preguntado sus amigos.
 — ¡Porque esto está perdido, y con decir que no gano mas que una onza diaria, está dicho todo! ha contestado el fecundo novelista.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de julio de 1867.

Poesías.

RECUERDOS EN EL CAMPO.

Campos de Cuba, mansion
 De la lírica armonía,
 Donde la excelsa poesía
 Tiene en cada corazón
 Raudales de inspiración,
 En vuestros bosques fecundos
 Que contienen de dos mundos
 Ejemplos que meditar,
 Viene mi alma á exhalar
 Sus recuerdos moribundos.

¡En tus rústicos palmares
 Cuántas veces silenciosa
 Sentí gemir la tojosa;
 Y de blancos azahares
 Cuántas otras en mis lares
 Tegí corona sencilla,
 Y de roja maravilla
 La entrelacé diligente
 Para adornar la inocente
 Blanca sien de mi hermanilla!

Aquí en la noche callada
 Oía cantar el grillo,
 Y al son del canto sencillo
 De africana esclavizada,
 Me dormía yo arrullada
 Por la dulce melodía
 Del viento, cuya armonía,
 Cual murmullo doloroso
 De otro mundo misterioso,
 A mis oídos venía.

Cuántas veces recorrí
 Estos escarpados montes,
 Y su nido á los sinsontes
 Le robé del *ponasi*,
 Y travesando bebí,
 Ardiendo en delicias sumas,
 Al lado de las *jocumas*
 El fresquísimos rocío,
 Que, como perlas del río,
 Destilaban las *yagrumas*.

Tras este *roble* empinado
 Silenciosa me escondí
 Y contemplé el colibrí
 En las flores del *granado*:
 Allí en aquel monte alzado
 Cubierto de *campanitas*,
 Iba yo las tardecitas
 Llena de inocente embullo
 A escuchar el dulce arrullo
 De las tiernas tortolitas.

Y las lindas mariposas
 Con astucia aprisioné,

Y admirada contemplé
 Sus galas maravillosas;
 Y en las márgenes verdosas
 De aquel arroyo luciente
 Recogí alegremente
 El *camelote* nevado,
 Para tejer sin cuidado
 Adornos para mi frente.

Dejadme ahora piadosos
 Que apagué mi sed impía
 Con la divina ambrosía
 De vuestros frutos sabrosos:
 Volvedme los armoniosos
 Cantos de las avecillas,
 Y dadme las florecillas
 De matizados colores
 Con que otros días mejores
 Formé coronas sencillas.

Campo de Cuba bendito,
 Si feneció mi ventura,
 Y la amarga desventura
 Cual la herencia del proscrito
 Habeis en mi frente escrito,
 Recoged las doloridas
 Lágrimas mías queridas,
 Que brotan del corazón:
 Recogedlas, que ellas son
 « Flores del árbol caídas. »

CATALINA RODRIGUEZ.

EL POLVO.

APÓLOGO.

Una ráfaga de viento
 En el aire levantó
 Un leve átomo de polvo,
 Que del suelo arrebató.

Al verse tan alto el polvo,
 Lleno de orgullo exclamó:
 « Ya del suelo sublimado
 No me pisarán ya, no. »

A dominar voy la tierra
 Desde la altura en que estoy,
 Y á mis plantas veré al hombre,
 Que orgulloso me pisó:

¡Viva el aire! viva el viento
 Que á tanta altura me alzó! »
 De repente negras nubes
 La luz ocultan del sol:

Y rasgándose á la tierra
 Lanzan un chubasco atroz,
 Y envuelto en él torna el polvo
 Al lodo de que salió.

Revuelta una sociedad,
 Alza la revolucion
 A un osado, á un ignorante
 Y le da poder y honor;

¡En breve, para escarmiento
 Del mundo, decreta Dios
 Que en el lodo torne á hundirse
 El que un momento brilló!

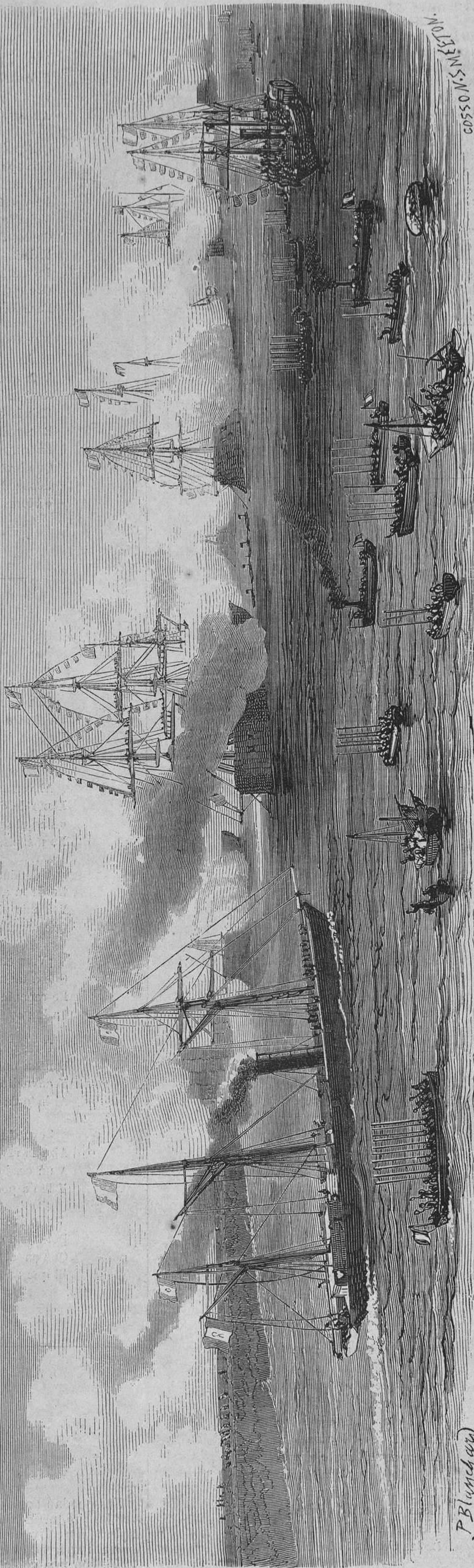
EL CONDE DE FABRAQUER.

El Oriente

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

(Véase el núm. 762.)

Nos quedan por recorrer las galerías de exposicion y ver los productos que representan la industria tan multiplicada, tan diversa, del gran país de Oriente. Lo primero que allí aparece es el Egipto con las fuerzas de su territorio, con una coleccion de fibras vegetales: el lino, el algodón, introducido en el valle del Nilo desde hace mas de sesenta años, y que da ya preciosos resultados;



CHERBURGO. — Llegada de S. M. la emperatriz á su regreso de la isla de Wight.

hé aquí la palmera, árbol útil por excelencia; hé aquí las lanas, el pelo de camello para las telas de tiendas y para las alfombras; los cereales, las habas, los guisantes, el arroz cultivado en el Delta y en las inmediaciones de Damietta; los dátiles, la caña dulce, entre estas la caña encarnada de la Jamaica, recientemente introducida en el cultivo.

Mas lejos se muestra la grande industria del Egipto. En el Cairo, en el barrio llamado el Khoronfech, se instalaron las primeras fábricas á la europea, que se deben á Mehemet Ali, y que en un principio no produjeron mas que terciopelos y rasos; á poco tiempo despues Boulak tuvo sus fábricas de hilados de algodón. Los arsenales, las fraguas, las fundiciones, se fueron creando sucesivamente en este pais, que bajo un impulso feliz adelantaba en la industria á las demás comarcas del Oriente, y luchaba con el Occidente. En el Delta se teje la seda. En el alto y medio Egipto se hallan muchos establecimientos de refino; los cristianos y los copitos se encargaron de la fabricacion del vino y el alcohol. Los pescados salados del Faoum y del lago Menzalah suministran un importante ramo de comercio.

El Egipto nos ha presentado todos estos productos primeros. Mas lejos, en otro escaparate, hay objetos que pertenecen desde hace largo tiempo á la industria egipcia. La alfarería encarnada de Assouan, la alfarería blanca de Kench; hé aquí los objetos cincelados hechos con colmillos de rinoceronte ó tallados en el alabastro egipcio. Assiout fabrica bonitas obras de lujo de marfil y de mármol; de allí viene un precioso juego de chaquete de madera incrustada de marfil, de un estilo precioso y de un trabajo acabado; los obreros de Assiout han enviado espanta-moscas con mangos de marfil y abanicos de hojitas de palmera.

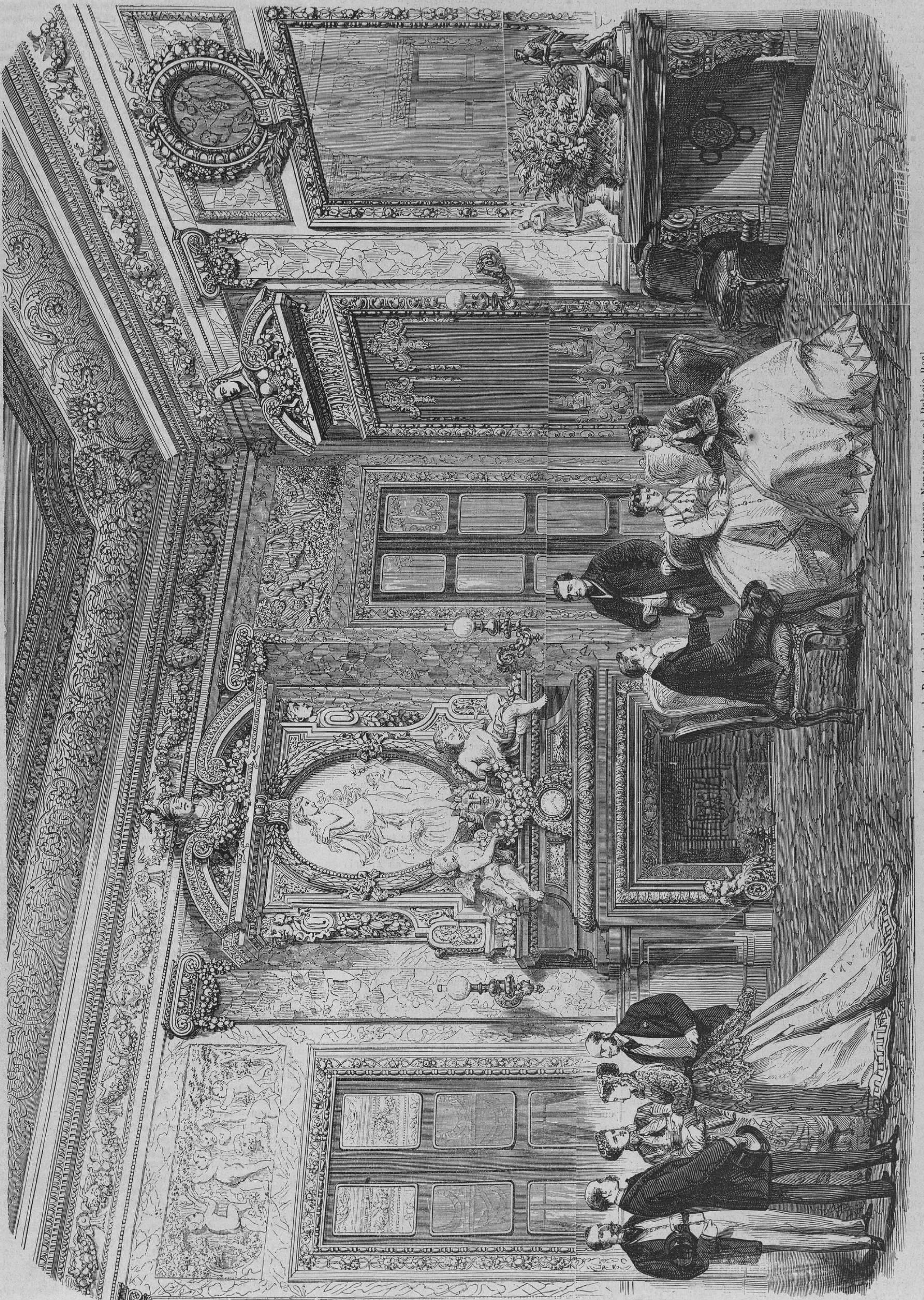
Los tejidos de Egipto son numerosos y notabilísimos: hay telas de seda y de hilillo de oro y plata, alfombras de terciopelo y seda, cuyo dibujo se compone de flores que se entrelazan en arabescos, y hay una maravilla de bordados cual es la alfombra para hacer oraciones. Luego viene una antiquísima industria del árabe; la silla de montar, que es elegante y rica á la vez, cargada de bordados de oro y pedrerías. La cuchillería ofrece igualmente muy notables objetos.

El alto Egipto tiene tambien su exposicion, y esta, que nos ha venido de la Nubia, del Sennaar, del Kordofan, del Sudan oriental, presenta un interés etnológico. ¿Qué podemos pedir á las tribus del Nilo blanco ó del Nilo azul? Muy poca cosa. Si se exceptúan algunas obras de joyería bastante curiosas, su industria se reduce casi á nada. En cambio, hé aquí sus armas, sus lanzas con palo de bambú, sus carcax que llevan flechas de madera negra ó de piedras envenenadas, sus escudos de todas formas, de piel de girafa, de cocodrilo ó de elefante; hé aquí sus instrumentos de pesca; sus sandalias de piel de pescado, sus cucharas, sus adornos de vidrio, sus instrumentos de música, el tamboril de piel de antilope, la lira, el violin de cuatro cuerdas, la bocina de asta de elefante, que sirve para tocar llamada en el desierto. De este mismo desierto nos ha venido una coleccion de cuernos de diversos animales que pertenecen á especies enteramente desconocidas; las caravanas los trajeron de Egipto, y una tribu les dió en cambio despues de haberlos recibido de otra tribu. ¿De dónde procedian? Dificil es la respuesta á esta pregunta.

El imperio otomano nos ofrece primeramente sus productos del suelo: una hermosa coleccion de materias medicinales y farmacéuticas que Fayk-bey, el sabio director de la farmacia civil y militar del imperio, ha traído á la Facultad de Medicina de Paris: ópios, escamónéas, aguas minerales. El cultivo de la adormidera es considerable en Turquía, sobre todo en los sandjacks de Bordour y de Hamed, donde constituye un importante ramo de comercio.

Las alfombras y las telas de muebles constituyen la gran seccion de la exposicion otomana. Al ver sobre los mismos objetos los nombres de los compradores que se los arrebataron desde el primer dia, se puede juzgar el éxito que ha obtenido en Paris esta industria del Oriente que se halla esparcida por todas partes en la Turquía de Europa y en la de Asia. Tanto en las ciudades como en las aldeas, y entre las tribus errantes, toda la poblacion se ocupa, estos, tiñendo lanas, aquellos trabajando al telar. Esmirna, Koniah, el vilayet del Danubio, Constantinopla, son los puntos mas importantes de esta fabricacion. De Constantinopla vienen esas hermosas telas aterciopeladas de fondo violeta, realzadas con anchos florones de oro; los tapices de seda blanca ó color de cereza para veladores, y en los cuales se desarrollan letreros circulares. Las telas afelpilladas de tono encarnado se fabrican en Filippopoli. Brusa produce esos *kebe*, esos fieltros, las alfombrillas y las colgaduras de puerta, muy en boga en todo el Oriente. Las alfombras rayadas, negras y blancas, hechas de pelo de cabra y de camello, que vemos en la exposicion otomana, son obra de las tribus nómadas, los *yuruks*. De las fábricas de Uchak, cerca de Esmirna, han venido los *safrali*, tan notables por la armonía de sus colores. La Siria ha enviado sus *sivali*, alfombras rayadas. Los nómadas tienen la *duchemi*, alfombra de lana corta y rasa, en tanto que en una aldea situada cerca de Esmirna, en Saroukhan se hacen los *sedjades*, alfombrillas en cuyo derredor se dibujan caprichosamente flores y asuntos orientales.

Como en tiempos antiguos, la fabricacion de alfombras, en Turquía, se hace por medio de telares de madera; y sin embargo, en les talleres de Esmirna se han introducido sensibles mejoras en los procedimientos del trabajo. ¿Se ha producido así mayor belleza en el objeto fabricado? No; pero la produccion ha sido de las mas



PARIS. — Visita de SS. MM. el rey y la reina de Portugal al príncipe y á la princesa Napoleón en el Palacio Real.

considerables: una sola de estas casas, que emplea 3,000 telares, fabrica anualmente 83,000 metros de alambros; la mano de obra no es cara, pues por ejemplo, en Uchak, se paga á las mujeres á razon de 33 céntimos diarios. Esta gran produccion de alfombras del imperio otomano, esta riquísima industria da á la Turquía mas de 12 millones de francos como cifra de exportacion.

El bordado debia ocupar un gran puesto en la exposicion otomana, y así es que se ven en preciosas telas el oro, la plata y la seda que se mezclan formando dibujos caprichosos, realzados con brillantes lentejuelas ó con corales. Es este un producto que se esparce por todas partes en el extranjero. Otro producto hay que casi exclusivamente se queda en el país, y es el bordado á la aguja, *oya*. La *oya* es una pasamanería trabajada como el mas rico encaje, y que sirve para adornar los tocados de las señoras, la ropa fina y los vestidos; ella constituye la ocupacion de toda la Turquía. Preciso es haber visto Esmirna, por ejemplo, preciso es haber contemplado una de esas galerías que preceden á las casas y donde están sentadas las mujeres armenias haciendo sus labores de aguja, para formarse una idea de ese trabajo de las mujeres delante de su telar. Todas trabajan y bordan. Esos bordados de aguja producen en mercancías á los turcos una suma anual de 30,000,000 de francos. Cinco mil bordadoras emplean los fabricantes de gorras de Constantinopla. Vemos pues que es una de las grandes industrias de la Turquía y que necesariamente debia estar representada en el Campo de Marte, donde ha encontrado toda la aceptacion que merecia.

La Turquía ha enviado igualmente curiosos productos, como encuadernaciones y todo el material al uso de las oficinas: tinteros de jade, de jaspé, de oro, de porcelana pintada, de mármol rosado de Pandesma, con las docenas de vasitos que constituyen una escribanía árabe; tambien hay tijeras y la indispensable tablilla de marfil en donde descansa el *calam*, la pluma. Algunas nuestras se ven de este *calam*, caña que viene de la isla de Rodas, instrumento mas resistente que nuestras plumas de ganso y mas flexible que nuestras plumas de acero. Las encuadernaciones de *mudjellids*, cuya corporacion existe en Constantinopla desde el año 1500, son muy notables, habiendo algunas que pueden considerarse como obras maestras de elegancia.

En una galería de arquitectura morisca ha presentado Túnez sus productos naturales, su fauna y su flora, sus sedas; mas lejos sus dátiles de Djerid y de Gabes, sus rosas secas, su tabaco y sus jabones; luego vienen sus productos minerales, el plomo del Hamman y del Djebel Recas, el tripoli del Kef, las muestras de sus maderas, los discos de sus encinas, de sus plátanos y mirtos.

Tambien ha expuesto vestidos de hombres bordados de seda y estampados de oro, sus *saffaka* que cubren la cabeza y sus *adjars* que velan el rostro. Al través de los arcos en forma de herradura, se distinguen alfombras, escopetas de cañon rayado y otras armas; y luego hay tambien pipas con tubos enriquecidos de perlas y vasos de plata y oro. En un escaparate se ven espejos, espanta-moscas é instrumentos de música: el *zebed*, viola de dos cuerdas, el *tabalet el bacha*, trompeta de madera, el *derbouka*, cornetín de barro, y una guitarra de ocho cuerdas. Por último, Túnez tiene tambien su museo de inscripciones romanas, griegas, hebráicas y sobre todo, de inscripciones fenicias de alto interés para la ciencia.

Hé ahí el Oriente, al menos el Oriente que nos rodea, el que tocamos con las manos. Hemos recorrido rápidamente el Egipto, la Turquía, la Rusia, una ojeada mas rápida aun nos hará penetrar en el Oriente mas lejano, en las Indias y hasta las extremidades del Asia.

H. L.

Revista de Paris.

Escribimos esta revista á principios de la semana en que van á tener lugar las fiestas del 15 de agosto, y á tiempo en que ha principiado ya una invasion pacífica y alegre de extranjeros de todos los países, sin contar las expediciones procedentes de los departamentos de la Francia. Esta aglomeracion repentina de poblacion flotante ofrece á los parisienses un espectáculo indescriptible. Todas las lenguas, casi podriamos decir todos ó la mayor parte de los dialectos de la Europa se hablan hoy en los bulevares. En cuanto á los trajes presentan una variedad que ofusca la vista. Lo que entre esta inusitada variedad llama particularmente la atencion, es la moda de Paris desfigurada por las modistas de poblaciones secundarias. Si, por ejemplo, en tal ó cual punto se ha adoptado el vestido corto de señora, que en Paris está muy lejos aun de haberse generalizado, no hay expedicionaria que no le traiga y bien exagerado. Es como una especie de uniforme igual, monótono, invariable. En el mismo caso están los sombreros y las confecciones. Los hombres aparecen mas emancipados. No hay para qué añadir que nos referimos á las personas pudientes, pues en cuanto á las clases menos acomodadas se observa en ellas toda la libertad de quien no se sujeta ni aproximadamente á los caprichos de la moda. En suma, el cuadro ofrece materia á los observadores por mas de un concepto, no siendo el mejor de notar el de los trajes.

Aplazando para la próxima crónica la descripcion de la fiesta, sobre la cual hemos anticipado ya á nuestros lectores algunas de las noticias del programa oficial, veamos lo que arrojan de sí los acontecimientos de la semana.

Poco tiempo hace hablamos aquí de una curiosa historia sobre el origen semi-francés que se atribuye al sultan Abdul-Aziz, y hoy con nuevos y mas interesantes datos acerca de aquel caso singular, vamos á completar lo que dijimos entonces.

Aun existe en Marsella la familia de aquella señorita francesa que fué esposa del sultan Mustafá IV, abuelo del sultan Abdul-Medjid y de su hermano el soberano reinante.

Esta familia tenia en la Martinica una prima hermana, la señorita Dubuc de Rivery, que fué enviada á un colegio de Francia y que á su regreso fué apresada en el buque que la conducia por un corsario berberisco. La familia por mas que investigó no pudo descubrir su paradero y la creyó muerta; pero lo cierto es que la señorita Dubuc de Rivery, notabilísima por su hermosura, fué enviada al sultan y vino á ser sultana favorita y madre de un príncipe que debió reinar en 1808 bajo el nombre de Mahmud II.

Este príncipe, á ruegos de su madre, que queria morir cristianamente como habia vivido, escribió la siguiente reseña que acaba de publicar un periódico de Orleans con el título: LA ÚLTIMA HORA DE UNA SULTANA. Hé aquí lo que dice:

«Era en invierno; y el P. Crisóstomo, superior del convento de San Antonio en Constantinopla, retirado en su celda, estaba arrodillado delante de un Crucifijo; ráfagas de viento que se estrellaban en los edificios, dejaban oír lúgubres quejas. Los vientos del mar Negro, deslizando por el Bósforo, habian traído con ellos borrascas y tempestades. El P. Crisóstomo oyó llamar con insistencia á la puerta del convento; y poco despues el portero entraba en la celda, pálido, trémulo y acompañado de dos genizaros, uno de los cuales se acercó al superior y le presentó un firman. Sin perder tiempo el reverendo padre atravesaba la iglesia, en donde se detuvo un momento, y escoltado por los genizaros, se dirigió al puerto de Pera; y entraron en una embarcacion de doce pares de remos que los esperaba. La embarcacion echó á andar y se perdió en las sombras de la noche.

En una cámara suntuosamente decorada con ricas colgaduras y lujosos tapices estaba en su lecho de muerte una mujer presa de los mas vivos dolores. Una lámpara que pendia del techo, y las bugias que ardian en candelabros, daban bastante luz para ver lo que pasaba en aquella estancia lúgubre y silenciosa. Junto al lecho un médico vestido á usanza de Grecia tomaba con frecuencia el pulso á la enferma, y detrás de la balastrada contigua á la puerta, estaban de pié dos esclavas negras, dispuestas á hacer lo que se les mandase. Algo mas allá habia un personaje que parecia sumido en vivo dolor.

Este hombre parecia ser de unos treinta años; su estatura era mas que mediana; su frente noble; su mirada, en la que se revelaba el hábito del mando, una barba negra y singularmente hermosa daban á su rostro un aspecto grave é imponente. Su traje era sencillo, pero muy elegante. Suspiros y gemidos que no podia sofocar revelaban su profundo dolor.

Era ya mas de media noche cuando se oyó un leve rumor en la antecámara. Un negro se acercó, inclinándose hasta el suelo, y dijo: «Está aquí, ¿ha de entrar?» El príncipe hizo una señal afirmativa y fué introducido en la cámara del religioso que habia ido allá con los genizaros. El hombre á quien todos obedecian allí, con un ademán hizo salir á los concurrentes, y acercándose á la enferma, le dijo: «Madre mia: quereis morir en la religion de vuestros padres, cúmplase vuestra voluntad; aquí teneis un sacerdote.»

Por espacio de una hora el prior de San Antonio estuvo allí solo, oyó frases de pesar y arrepentimiento, acompañadas de abundantes lágrimas. Luego, cuando el príncipe infiel volvió al lado de la cama, el prior elevó la sagrada hostia, la puso en los labios de la enferma, y en aquel momento supremo el agosto y único testigo de esta ceremonia se inclinó hasta el pavimento, invocando á Allah...

La misteriosa desaparicion del P. Crisóstomo se hizo muy en breve pública en el barrio franco. Desde la mañana corrieron en Pera y en Galata rumores sobre la desaparicion del buen religioso; unos decian que habia sido encerrado en el castillo de las Siete Torres, y otros aseguraban que habia muerto trágicamente. Impacientes por saber la verdad, algunos penetraron en el monasterio; pero con gran sorpresa suya, encontraron al superior postrado en la iglesia, ajeno á los rumores que cundian. El padre Crisóstomo rogaba por el descanso del alma de Aimée Dubuc de Rivery, madre del sultan Mahmud.»

Viniendo ahora á cosas mas recientes, vamos á dar cuenta de un gran banquete que acaba de tener lugar en los Hermanos Provenzales, ofrecido por la sociedad protectora de los animales á los miembros del Congreso internacional de las sociedades protectoras. Habia en este gran banquete delegados procedentes de todos los puntos de Europa, de la Rusia y la América, y asistian tambien á esta fiesta muchas señoras consagradas á la obra de proteccion.

M. Guerin Meneville, presidente de la Sociedad, despues de haber brindado á S. M. la reina Victoria, en cuyo país se han organizado las primeras sociedades protectoras de animales, á los soberanos de todos los países que poseen de estas sociedades y á los delegados de ellas, continuó en estos términos:

«Creo ser intérprete de los sentimientos de todo el Congreso proclamando aquí que todas las sociedades protectoras se hallan penetradas de la mas viva gratitud por esos

augustos soberanos que han comprendido el objeto eminentemente moral y civilizador de nuestras sociedades, que saben que nuestra generosa empresa resulta de una idea cuyo germen está en el corazón de todos los hombres, de una idea que reina por todas partes sin detenerse por las diferencias de lenguaje, ni por ninguna frontera. Permitidme os diga que uno de los hechos que marca mas el gran progreso en la civilizacion general, es esa tendencia de los pueblos á reunir sus fuerzas morales é intelectuales, á agruparse sin tener en cuenta las diferencias de nacionalidades, cuando se trata de poner en práctica una idea generosa, útil y humanitaria, como la que hoy nos reúne. Enseñando á los hombres cuáles son sus deberes respecto de los animales, les damos á conocer lo que se deben á sí mismos, despertamos en ellos los instintos de justicia y humanidad, y tendemos así á desarrollar los sentimientos que nuestras Sociedades protectoras tratan de propagar por doquiera, poniéndolos en práctica.»

Despues de M. Guerin Meneville se dió la palabra á diferentes oradores, y luego M. Fournier, secretario general de la sociedad, leyó una composicion poética alusiva á la circunstancia.

Serian las once de la noche, cuando la asamblea se separó para reunirse próximamente en una nueva sesion del congreso.

Dos palabras ahora sobre una instructiva exposicion abierta en la última semana.

El señor ministro de Instruccion pública habia dirigido un llamamiento á todas las escuelas del imperio, invitándolas á que enviasen sus productos á la Exposicion universal. Casi todas las escuelas enviaron algo; mas como no todos los envios pudieron tener cabida en su seccion correspondiente del Campo de Marte, se reservó una gran parte de ellos para exponerlos en el mismo ministerio de Instruccion pública, y esta es la exhibicion á que nos referimos, la cual ofrece un gran interés no solo para los hombres especiales, sino tambien para las familias.

Tres grandes salones del piso bajo del edificio ocupan las cosas expuestas, todas ellas clasificadas y ordenadas convenientemente.

Gracias á esta disposicion tan bien entendida, hoy es facilísimo formarse una idea del desenvolvimiento que ha tenido la enseñanza en Francia durante estos años últimos. En medio de los cuadernos de los principiantes, de los dibujos y los estudios gráficos, se ven las labores de aguja, que atestiguan los cuidados y esmero con que se atiende á la educacion de las niñas y el lado práctico de esta educacion tan especial.

Lo que llama particularmente la atencion, es la seccion donde están las obras de los alumnos de las escuelas de adultos, otra institucion enteramente moderna, y que está dando en Francia resultados ventajosísimos. En resumen, el interés de esta exposicion se halla tan bien comprendido, que cada dia recibe centenares de estudiosos visitantes y de aficionados á las cuestiones de enseñanza pública.

Apenas se pasa dia sin que en Paris se oiga hablar de alguna nueva exposicion, de alguna experiencia interesante. El domingo último á las dos de la tarde se reunió un número considerable de curiosos en las inmediaciones de un terreno situado en la calle de Francisco I, y que dos inventores ingleses habian elegido para hacer en él uno de los mas singulares experimentos que pueden imaginarse. En el terreno en cuestion, veíase una pequeña locomotora de acero y de cobre que lanzando al cielo un alto penacho de vapor caminaba atrás y adelante tocando al mismo tiempo, la conocida marcha del *Tannhauser*. Esta locomotora musical no era otra cosa que un órgano de vapor, que se producía por primera vez en el mundo diletante. ¡Qué de aplicaciones no puede tener semejante invento! Una vez adoptado por la moda, no habrá máquina de vapor que con cada bocanada de humo no despida otra de armonía. Entonces si que se acortará el tiempo cuando se viaje por los ferro-carriles.

Todos estos dias se han ocupado los periódicos de un robo considerable consistente en perlas, pertenecientes á la reina de Suecia, cometido en el palacio de la Exposicion. Cinco personas, entre ellas una mujer, están en la cárcel, y es de presumir que muy luego la justicia sabrá perfectamente á qué atenerse.

Se han cometido diferentes robos mas ó menos importantes en la Exposicion. Hará cosa de un mes desapareció de la seccion suiza un cronómetro de 2,100 francos que ha podido encontrarse así como al autor de la sustraccion, el cual es un persa que fué visto en el palacio el dia del robo, pero de quien nadie habia recelado al verle tan bien vestido y de tan finos modales.

Ahora bien, él mismo se ha descubierto, llevando el reloj á casa de un joyero para que grabara su cifra. Este joyero que habia tenido conocimiento del reloj, miró el número del cronómetro y despues de cerciorarse de que era efectivamente el mismo que estaba designado, fué á dar parte y el persa quedó á buen recaudo.

A propósito de la Exposicion, el diario oficial del martes nos ha dado á conocer cuáles son las intenciones del gobierno relativamente á su duracion. Habíase dicho, entre otras cosas, que el palacio se iba á trasformar en un bazar internacional, destinado al mismo tiempo á la venta y exposicion de los productos de todo el mundo; el Sena se iba á canalizar en las inmediaciones del Campe de Marte, se iba á establecer un puerto delante del edificio, etc. etc. Todo esto era pura invencion; lo que hay de cierto, es que la Exposicion universal se cerrará irremisiblemente el 31 de octubre

próximo, como se dijo en un principio. La nota de la comisión imperial añade lo siguiente: «Bajo este concepto, los materiales del palacio y del parque, se pondrán en venta dentro de un breve plazo; una parte de ellos se entregará el 1º de noviembre de 1867 y la otra el 1º de enero de 1868.» No hay pues ni la mas leve próroga, y hasta aquello de que la Rusia tenia comprados ya todos los materiales en cuestión, es lisa y llanamente una fábula.

Una anécdota antes de concluir esta revista.

Sabido es que los ingleses tienen el don de distinguirse en todas partes. Hé aquí un nuevo caso.

En la última gran revista que pasó el emperador Napoleón en el hipódromo del bosque de Boulogne, ocurrió un lance que pudo haber tenido las mas desastrosas consecuencias.

En el momento en que toda la caballería de línea, formada en masa frente al emperador y su cortejo de reyes y príncipes, se ponía al escape para ejecutar una carga á fondo, se vió de repente á un inglés que con su antejo de larga vista, puesto en una bandera, se habia colocado en medio del terreno para ver mejor las maniobras de la caballería.

Estaba á punto de ser arrollado por los caballos que iban á galope tendido, cuando de repente un guardia de París, que vió el peligro, se lanzó á todo escape hácia el obstinado curioso, le cogió con mano vigorosa por el cuello del paletó y le trasportó así, con igual velocidad, á punto seguro.

Un momento despues estaba el curioso libre de todo riesgo, aunque un tanto aturcido; y era tiempo, porque los escuadrones pasaban con una rapidez extraordinaria gritando: ¡Viva el emperador! precisamente por el sitio mismo donde hacia un segundo que nuestro curioso miraba con toda tranquilidad la revista.

El inglés, á pesar de todo, no soltó el antejo de larga vista, ni se mostró turbado en lo mas mínimo.

Todos los principales teatros de París parece que han convenido en no representar otra cosa este verano que piezas de un repertorio medio olvidado. En el francés han exhumado el *Duque Job*, una preciosa comedia de M. Leon Laya, que obtuvo hace ya algunos años un gran éxito; en el Odeon el *Marqués de Villemér*, produccion de Jorge Sand, que se encuentra idénticamente en el mismo caso; en el Vaudeville la *Familia Benoiton*, de Victoriano Sardou, la cual comedia, con esta nueva añadidura de representaciones, pasa de trescientas; en el Ambigu el *Judio Errante*, y así en los demás teatros. Todas fueron piezas de gran boga, pero de entonces acá han envejecido visiblemente, y apenas la *Familia Benoiton* que es la de fecha mas moderna, produce el mismo efecto que en el tiempo en que se vió por primera vez.

En cuanto á los teatros líricos, y sobre todo el de la Opera, ya sabemos que viven igualmente de lo conocido. Es de esperar, sin embargo, que pasado el mes de setiembre principiarán á hacer sus preparativos para la temporada de invierno, aunque á decir verdad, no se sabe que hasta la fecha tengan en su poder ninguna obra importante.

MARIANO URRABIETA.

El castillo de Solera

Ó EL CÁNTARO MILAGROSO.

(A D. Rodrigo Soriano.)

Hace dos meses visité contigo tus hermosas posesiones de Solera, recorrimos juntos el castillo que con tanto esmero has restaurado; visitamos el subterráneo, y Rufo, tu administrador, nos refirió la leyenda de Dorotea ó el Cántaro milagroso, la que transcribo religiosamente.

Habia en Andalucía, en el reino de Jaen, en este pueblo de Solera, á fines del siglo XIV un maestro carpintero feudatario del señor de Solera, que tenia la desgracia de emborracharse muchas veces á la semana; los artesanos de la sala de armas del castillo, obra primorosa, segun los restos que hoy dia quedan, habian sido obra de su mano: la puerta de entrada, donde se ostentaba el escudo de armas del señor del castillo, habia admirado á todos y hecho reconocer en el carpintero un verdadero artista.

Tenia este carpintero una hija bellísima llamada Dorotea.

En el tiempo que comienza nuestra leyenda, Alvaro, que así se llamaba el maestro carpintero, habia perdido por su mala conducta la confianza de sus parroquianos, y no le era posible á pesar de su habilidad hallar trabajo alguno entre sus convecinos.

Blasfemaba de la Providencia, acusándola de la miseria de que solo tenia la culpa su holgazanería y mala conducta, y descargaba su cólera sobre su pobre hija, bien inocente por cierto de su desgracia.

Una noche despues de haber roto lleno de ira la mayor parte de los muebles de su casa, se echó sobre su cama fatigado con su desesperacion.

— Si pudiese beber, dijo, al menos bebiendo se quitaban las penas.

Habia en las inmediaciones una cisterna famosa á

diez leguas á la redonda, por la claridad y admirable gusto de sus aguas.

Viendo Dorotea á su padre con una sed febril, resultado de los accesos de su ira, se fué sin decir nada á llenar su cántaro á la famosa cisterna, y despues lo acercó á los labios del frenético.

— ¿Qué bebida es esa? dijo despues de haberla probado.

— Agua, padre mio.

— ¡Agua! dijo, ¡agua! lo que beben los caballos y los patos, el derecho de la naturaleza, el residuo de las tempestades. Maldita sea mi suerte que me obliga á tragar este asqueroso brevaje.

— Pero, dijo Dorotea, esta agua es la mejor que hay en el mundo.

— ¡Quítate de ahí, miserable! gritó el padre lleno de demencia, y cogiendo á la pobre criatura la derribó de un empujón.

Vaciló Dorotea, y el cántaro, causa de aquel altercado, fué á quebrarse contra la pared.

Aquel espectáculo irritó todavía mas á Alvaro; cogió una vara é iba á romperla sobre las costillas de la niña que lloraba, magullada con su caída, cuando llamaron á la puerta...

La noche estaba oscura y amenazaba una tormenta, los relámpagos atravesaban las tinieblas.

— ¿Quién va? dijo Alvaro.

— ¿Qué os importa? le contestó una voz terrible. No teneis nada que os roben.

— ¿Qué quereis?

— Entrar mientras llueve.

— Id con mil diablos, gritó Alvaro.

— Con ellos vengo, respondió la voz.

— No abro.

— Es lástima, porque traigo una carga que me pesa y me la podriais aliviar. Traigo un pellejo de vino añejo de manzanilla que haria beber á un muerto con su enterrador.

A estas palabras abrió tanto oído Alvaro.

— ¿Conque traes vino?

— Digno de figurar en la mesa de un emperador.

— Vamos, Dorotea, holgazana, llorona, ve á abrir á ese néctar la puerta de par en par; es preciso no dejarle á la lluvia. No me gusta el vino aguado.

La jóven antes de obedecer, miró tiernamente á su padre.

— Es muy tarde para abrir á un desconocido, dijo.

— Ve á abrir inmediatamente y no me quiebres la cabeza con tus reflexiones.

Dorotea llorando fué á alzar el picaporte, y entró el desconocido. Era de alta estatura, de pelo rojo, y arrastraba tras de sí, como habia dicho, un pellejo grande cubierto de barro por el exterior.

— Verdad has dicho, exclamó con alegría Alvaro al ver el pellejo de vino.

— Yo no miento, replicó el viajero. La mentira no es el pecado de los orgullosos. Pues que me albergas en tu choza, saca vasos y bebamos.

— Ni vasos ni dinero tengo. Dorotea, trae dos tazas á su señoría.

La jóven sacó del armario dos tazas.

Abrieron el pellejo, del que salió un vino de un color admirable de verde y oro, de exquisito olor y de excelente gusto; de lo mejor de las viñas de Andalucía.

Alvaro bebió sendos tragos, y despues preguntó al forastero que quién era.

— ¡Toma! dijo el viajero, parece que se necesita tener un pasaporte para echar un trago con vos. ¿Sois acaso el alcalde?

Alvaro soltó una carcajada.

— ¡Alcalde yo! Soy... soy carpintero.

— ¡Mal oficio! exclamó el desconocido, echándole nuevamente de beber.

— ¿Es mejor el vuestro? dijo Alvaro.

— Sí.

— ¿Cuál?

— Comprar sus almas á las criaturas.

— ¡Bah!

— Sí, trafico en esto hace mucho tiempo, y no me va muy mal.

— ¿Y á cómo pagais el alma?

— Segun; un alma de un hombre hecho de viejo, de cómica, de bailarina, de filósofo, no es muy cara.

— ¿Y mi alma?

— ¡Un alma de borracho!... dijo con desden el desconocido.

— ¡Hola, tio Rojo! me gusta el vino, pero no tolero que me insulten.

— ¡Bah! así son todos los hombres, quisquillosos en las palabras, cínicos en las cosas: bebed y tendreis mas lógica.

— Eso es, replicó Alvaro amansándose, bebamos enhorabuena. Yo que no tengo nada quisiera vender mi alma. ¿Cuánto me dais?

— Poco, porque esperamos tenerla gratis; os gusta el vino, y este quita la vida, apaga la inteligencia, embrutece el espíritu, paraliza el cuerpo tomado en gran cantidad; y el vino, á pesar vuestro, os entregará á mi amo Lucifer.

— ¿Y si me corrigiese, si no bebiese mas que agua?

— Os desaffo á que lo hagais.

— Teneis razon.

— ¿Cómo es que esta niña no bebe con nosotros?

— Gracias, no tengo sed, respondió Dorotea sin dejar de recoger los pedazos de su cántaro roto, que estaba buscando por el suelo.

En aquel momento un trueno hizo desgarrarse las nubes en agua.

— ¡Diablo! dijo Alvaro medio borracho.

— ¿Me habeis llamado? dijo el desconocido.

— ¿Yo? No; he dicho diablo.

— Pues bien, acabais de pronunciar mi nombre.

— ¿Quereis comprarme algo?

— Sí.

— ¿Mi alma?

— No.

— ¿Pues qué?

— La de esta jóven.

Dorotea se estremeció y echó instintivamente mano á su rosario.

— Calla, dijo Alvaro. ¿Puedo yo disponer de su alma?

— ¿No sois su padre? respondió el hombre rojo. En ese caso como respondeis ante Dios, podeis hacer cuanto os agrade bajo vuestra responsabilidad particular.

— Y ¿cuánto me dais?

— Hay precios establecidos. Cinco mil escudos de oro por una jóven doncella.

— Muy bien, dijo Alvaro.

— Pero, padre mio, dijo suspirando Dorotea, apenas tengo diez y ocho años.

— ¡Menor! exclamó el demonio; ¡menor! entonces son mil escudos mas.

— Pero, ¡padre mio! si soy de la congregacion de la Virgen.

— ¡De la congregacion de la Virgen! continuó el rojo mensajero, entonces son en todo diez mil escudos.

— ¡Diez mil escudos! repitió aullando Alvaro.

— Diez mil escudos, repitió á la vez el comisionado tártaro.

— Dadme la mano: negocio concluido. Su alma es vuestra.

Sacó entonces de su bolsillo el comprador un pergamino escrito con caracteres encarnados, en que estaba escrita el acta de la venta del alma de la hija de Alvaro, se lo hizo leer, despues se lo presentó para que lo firmase.

— Alto allá, dijo Alvaro; toma y daca, venga el dinero y firmaré entonces.

Sacó el desconocido un cuerno de acero, lo tocó, é inmediatamente se pararon delante de la puerta de la casa un peloton de hombres á caballo.

— Ahí están mis gentes, dijo el hombre rojo.

Abrió la puerta, salió, y á poco volvió á entrar con un gran saco que contenia diez mil escudos de oro, y los puso delante de Alvaro, embrutecido por el vino.

Sea que la vista de aquel tesoro hubiese aumentado la fatiga de su quebrantada cabeza, sea que el sueño, causa de la apoplejía vinosa, hubiese llegado á su colmo, Alvaro no tuvo fuerza mas que para apoderarse del saco, estrecharlo contra su pecho, firmar el pergamino y quedarse profundamente dormido.

Dorotea, durante este tiempo, miraba sollozando á los caballeros que rodeaban la puerta; eran nueve: relictantes cascos cubrian sus cabezas, y negros bigotes sombreaban sus rostros.

Al volver de su sorpresa vió cerca de sí al demonio.

Habia arrojado su peluca roja, y se le presentaba bajo la forma de un gentil y apuesto caballero, como de unos treinta años.

— Dorotea, le dijo, vuestra alma es mia.

— Devolvédmela, señor demonio. Se la habia prometido á Dios y á su Santa Madre la Virgen; devolvédmela, trabajaré dia y noche para pagaros el dinero que por ella habeis dado.

— No, dijo el demonio; ¿qué temeis de mí, tan feo soy?

— No, sin duda; pero mi padre se condenará.

— ¿Y qué importa? sin esto se hubiera condenado.

— Maldito vino, traidor licor causa de todos nuestros pesares.

El diablo miraba con atencion á la jóven, oyéndola proferir aquellas palabras. Parecia muy complacido con sus gracias y sencillez.

— ¿Y á vos, no os gusta el vino? dijo Dorotea.

— No, cuando los que beben se ponen en semejante estado, y al mismo tiempo señaló á Alvaro que dormia un sueño convulsivo. Sin embargo, tengo sed, el pellejo está vacío y daria algo por beber un trago á mi vez.

— Ya lo veis, el vino es peligroso, da sed.

— Nosotros los demonios bebemos mucho, vivimos en pais caliente; está seca la lengua y cuando tenemos forma humana, estamos expuestos á sus flaquezas.

Dorotea, con aire suplicante, dijo al forastero:

— Si quisiérais volver á ceder mi alma, yo aplacaria vuestra sed con agua la mas pura que hay en el mundo.

— Pero un vaso de agua no vale los diez mil escudos de oro sobre los que está roncando Alvaro en este momento.

— Sin embargo, es preciso ser lógicos; un alma no se divide como una espiga, y no podeis como Proserpina pasar la mitad del tiempo en el infierno, y la otra mitad en el olimpo. Pero en fin, hay una condicion posible para poder invalidar la venta.

— Decid, señor demonio.

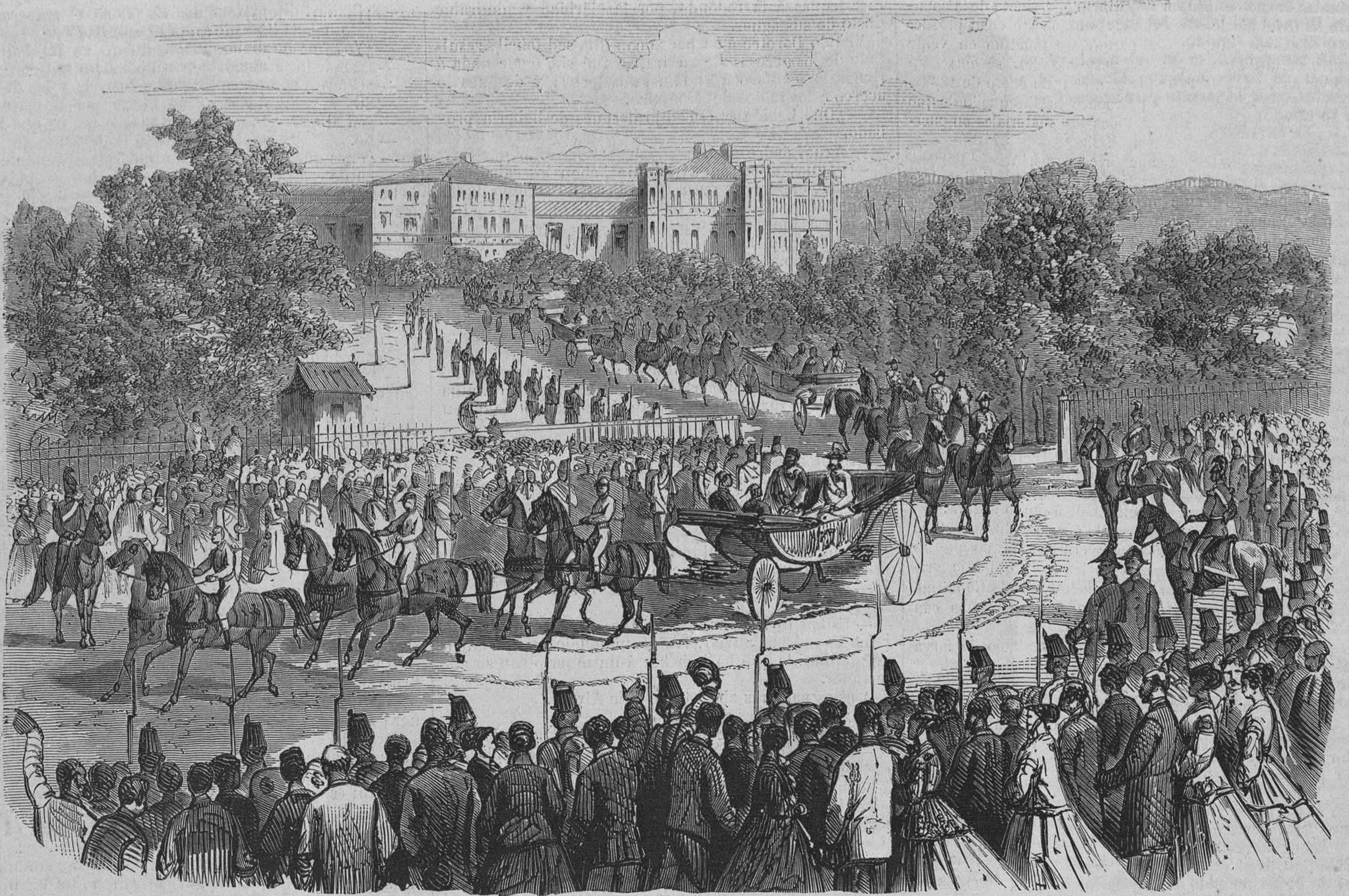
— Darme un cántaro de agua.

— Pues es cosa perdida; ya no tengo cántaro: mi padre lo ha hecho pedazos.

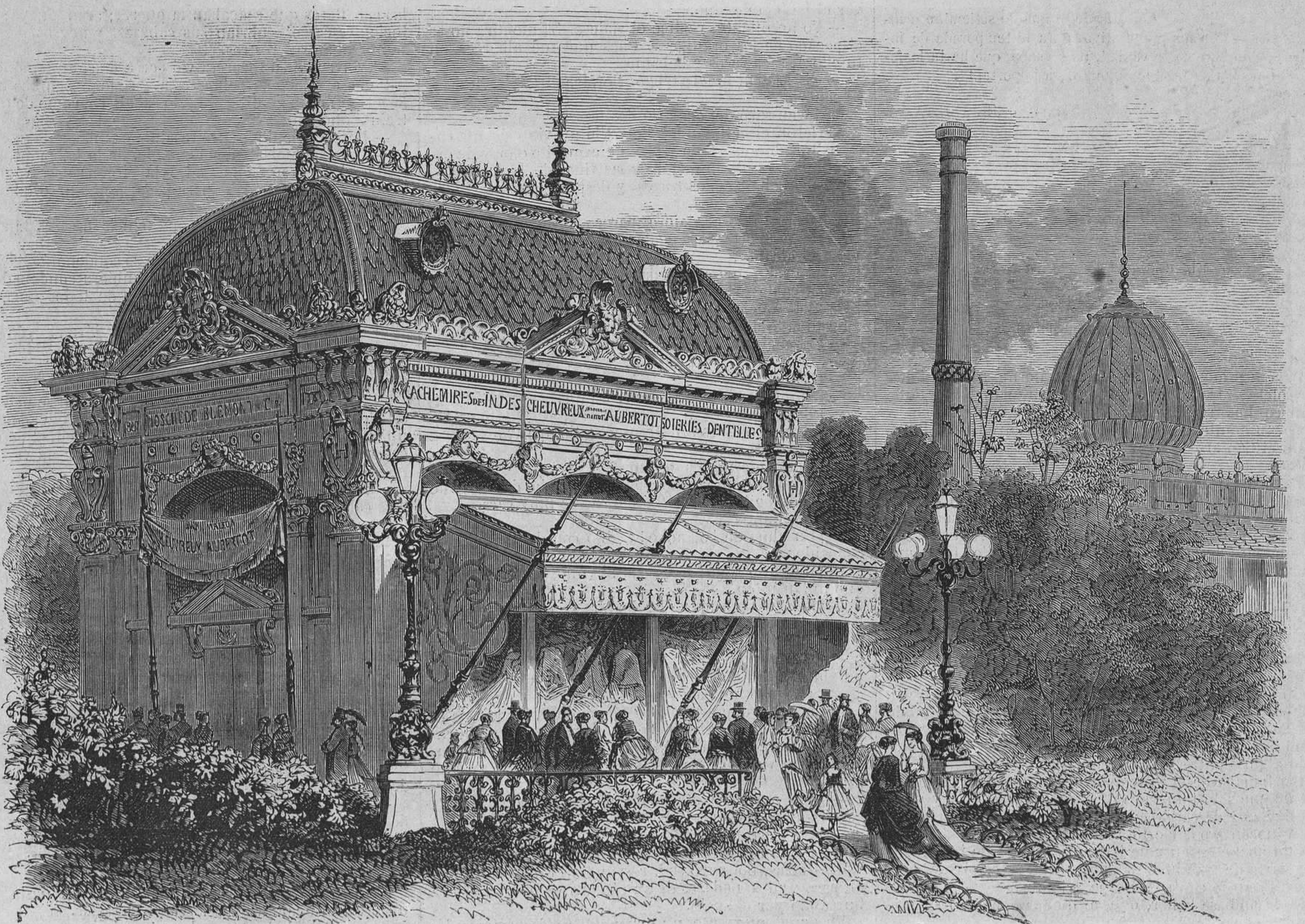
— Es que á él no le gusta el agua y es muy aficionado á la parra; prefiere su color verde y sus nudosos brazos; sus granos, azulados y mosqueados, á todos los manantiales mas puros; y no sé qué he de hacer; tengo una sed del infierno.

— Pues á la cisterna con una taza, y si no basta con una, volveré cuantas veces sean necesarias.

Despues de haber tomado esta valerosa resolucion, Dorotea se puso en camino y por tres veces pasó por



VIENA. — Llegada del sultan el 27 de julio de 1867. La comitiva dejando la estacion del ferro-carril.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Pabellon de los pañuelos de la India en el parque francés.

delante de los sombríos caballeros, para llevar á los labios del demonio el refrigerante líquido.

— Y bien, jóven, la dijo el diablo despues de haber apagado la sed, ¿quieres saber el secreto para rescatar tu alma?

— ¡ Ya lo creo!

— Cásate.

— ¡ Casarme!

— Si caes en poder de un esposo que sea buen cristiano se batirá con nosotros por tu salvacion.

— Yo bien quisiera casarme; pero ¿quién querrá casarse con una mujer cuya alma es del diablo?

— Yo te daré un regalo.

— No lo necesito, diga Dorotea.

— Lo haces bendecir por el cura, y con él encontrarás tu salvacion. Adios, jóven, mañana recibirás mi regalo, pero cásate pronto si quieres escapar de nuestro poder.

Al decir estas últimas palabras, el negro espíritu montó ligeramente en el caballo que los caballeros que habia dejado en la puerta tenian de las riendas y desapareció en el bosque.

(Se concluirá.)

El sultan en Viena.

El sultan acaba de entrar en Constantinopla, y el afortunado padischah no podrá menos de felicitarse por su larga excursion al pais de los infieles; pues con efecto, el emperador de los otomanos ha sido recibido por todas partes con los mayores honores, y últimamente el Austria ha hecho á Abdul-Aziz la misma suntuosa acogida que la Francia y la Inglaterra.

El sultan llegó el 26 á Viena, despues de haber recibido del rey de los belgas y del rey de Prusia, á su paso por Bélgica y Alemania, una ovacion



EXPOSICION UNIVERSAL. — Argelinos cortando taponos de corcho.

espléndida. En Viena el emperador Abdul-Aziz fué instalado en el palacio de Schœnbrun, en las habitaciones que ocupó en otro tiempo el emperador Napoleon I, y las fiestas dadas en su honor por la corte de Viena han rivalizado con las que han tenido lugar con tanto brillo en Paris y en Lóndres. Sucesivamente ha habido revista de honor seguida de grandes maniobras, funcion de gran aparato en la Opera de Viena, compuesta de un acto de la *Africana* y un baile de Taglioni, y gran comida en Laxemburgo, que es el palacio campestre de la capital de Austria. El dibujo que damos en este número presenta uno de los cortejos que la poblacion de Viena ha visto pasar por las calles durante muchos días.

En suma, el sultan visitando el Occidente de la Europa ha podido observar que el Oriente tiene mucho que ganar acercándose á nuestra civilizacion. El emperador Abdul-Aziz ha dicho al lord-corregidor « que queria establecer entre su pueblo y las demás naciones de la Europa ese sentimiento de fraternidad que es el fundamento del progreso de la humanidad y la gloria de nuestra época. » Nada mejor; pero es de desear que tan nobles palabras no sean como uno de esos programas que se proclaman á voz en grito y no se realizan nunca.

Por lo demás, los acontecimientos se precipitan de tal modo, que la Rusia se verá en la precision de tomar resoluciones decisivas.

Omer-bajá continúa enviando de Creta telegramas triunfantes; pero las últimas noticias nos anuncian que toda la parte de la isla pacificada por Mustafá-bajá, acaba de levantarse nuevamente; ¿no es tiempo ya de que el Divan resuelva y dé á esas poblaciones que no puede contener, ni gobernar, ni vencer, las legítimas satisfacciones que reclaman?

R. DE M.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Marruecos y Túnez en la galería del material de las Artes liberales.

El ángel de los Williams.

(Conclusion.)

Estaba rogando aun, cuando repentinamente sintió que se disminuía el áspero fuego que abrasaba su frente.

Un frescor divino siguió al agudo escozor de la marca infernal.

Lleno de esperanza el querubín, desplegó sus alas y tomó su vuelo hacia una fuente, en cuyas puras y cristalinas aguas vió reflejada su imagen. ¡Oh placer!

La señal del beso del demonio había casi desaparecido: no quedaba ya sobre le sien de Azrael mas que una cicatriz blanca apenas perceptible.

El ángel se cernió casi todo un día sobre la fuente que reproducía sus divinas formas. No se cansaba de contemplar en aquel trasparente espejo su belleza tan ajada en aquel instante por la tristeza y por la expiación, y se entregaba á mil goces puros é inocentes.

Ora recogía al rededor de la cabeza los undosos rizos de su rubia cabellera y los disponía á manera de corona ora apartaba con mano diestra en torno de su talle esbelto y noble los pliegues de su blanca y ligera túnica, que poco antes ondeaban al acaso.

Después hundió someramente los pies en las aguas de la fuente para quitarles el polvo que cubría sus delicadas formas.

Solo la noche con su sombrío velo logró poner fin á las purificaciones del querubín, y cuando bañado de los resplandores del sol en su ocaso, elevó su alma á Dios, la oración acudió fácilmente á sus labios, y su voz se unió á los coros de los ángeles sus hermanos, que celebraban las maravillas de la naturaleza y la grandeza infinita de aquel que había sacado de la nada el cielo y la tierra.

Concluida la plegaria, se levantó el ángel lleno de valor y confianza.

— ¡Fuera debilidad! dijo: la misericordia divina ha acudido ya al auxilio del culpable. Ya que de la familia de los Williams depende mi salvación, ya que por ella he cometido mi falta, por ella debo alcanzar mi perdón. En adelante quiero unir mi suerte á la suya, me constituiré su protector, y la libraré de los lazos del espíritu maligno.

Embebido el ángel en aquellos pensamientos, desplegó sus alas y se disponía á tomar su vuelo hacia alguna roca encumbrada para descubrir con su divina mirada el lugar donde habitaba el último vástago de la familia de los Williams; cuando oyó resonar una espantosa risotada.

Bajó los ojos y vió al demonio Astaroth oculto entre unos arbustos, cuyas hojas se secaban como si les hubiesen aplicado ascuas.

— ¡Busca! aulló el ángel malo, busca, hermoso querubín, favorecido ya con mis besos. Te verás reducido á entregarte de nuevo á mis caricias, si quieres descubrir en qué lugares habita la hija de Williams Barbalarga, la hija de san Williams mártir. ¡Oh! no te pongas pálido; porque no lo sabrás: por ahora no quiero que lo sepas, ni aun bajo aquella condición: conténtate con saber que no ha sido bautizada, y que todavía me pertenece. Tú te has fiado en demasía de mi buena fe. La guerra que te hago es mas bien de ardidés que abierta y de frente. No eres ciertamente un adversario digno de mí, y es muy del caso que te dé algunos consejos para que el partido sea menos desigual. Mientras tú te desesperabas y afligías, en vez de volar á la iglesia é inspirar al sacerdote el pensamiento de bautizar á la hija de Williams, yo pensaba en los medios de afianzar mi presa y de conservar la víctima que te había cedido por algunos momentos en premio del tierno beso que me permitiste. Cuando Godwin y su esposa, al salir de la iglesia, se embarcaron en su esquife para volver á su morada, yo los acompañé, y sentado en la popa, extendí mis brazos. Al instante reconocieron á su monarca los demonios; los vientos soplaron con violencia, se embravecieron las olas, acudió la tormenta, y el rayo estalló por todas partes. No tardó en estrellarse en una roca el frágil esquife, y Godwin y su mujer perecieron armándose ambos de la señal de la cruz é invocando la misericordia de tu Dios. Ellos subieron al cielo; pero la niña, sí, aquella niña que no estaba bautizada, me pertenecía á mí; no tenía que hacer mas que dejarla tragar por las olas, y su alma hubiera ido á aumentar en las tinieblas el número de las pálidas fantasmas á quienes la falta de bautismo ha desterrado del cielo para siempre. Pero no era aquella mi voluntad. ¿Qué me importa una víctima del pecado original y no mas? ¡No! la hija de Williams ó de san Williams debe condenarse por su propia voluntad, por sus propias faltas. Es preciso que ella misma se entregue al infierno, y no que el hado la arroje allá. ¡Me he mostrado compasivo con ella! Todavía me rio, he hecho una buena acción. La niña, atada á una tabla por Godwin iba á estrellarse contra una roca; yo volé á interponerme entre la roca y la tabla, y las olas la arrojaron contra mi pecho. Mis brazos la recibieron, mi aliento la reanimó, y mis besos acallaron sus lloros. Una tierna madre, ¡ah! ¡ah! no le hubiera prodigado mas cuidados, no le hubiera manifestado mas cariño. ¡Y bien! ¿qué dices de mi caridad, hermoso querubín? ¿Hubiera hecho mas un ángel del Señor?

Azrael se sonrió con desprecio.

— Dios pelea conmigo, respondió, y todos tus ardidés

no podrán prevalecer contra su omnipotencia. Yo salvaré, á pesar tuyo, la hija de Williams, yo colocaré sobre su frente la corona de los elegidos.

— Para ello tendrás que vencer algunos obstáculos, lo que no deja de presentar sus dificultades. Por de pronto es necesario adivinar en qué lugares habita la niña, á qué manos está confiada, y en seguida acercarse á ella. Ahora bien, como no ha recibido las aguas del bautismo, la guarda de su cuna no puede haberse confiado á los ángeles, sino á los demonios, y dudo que los que velan sobre nuestra predestinada permitan, ni aun por uno de tus besos, que se acerque á su cuna la sombra de tus alas. Busca, Azrael; supuesto que pelea por tí el Todopoderoso, el vencerme te será fácil, y no dudo que tu candor sabrá triunfar de mi astucia.

Y volvía á reír con su carajada maldita é insolente, cuando de improviso su frente pálida se puso mas pálida aun; una agitación convulsiva retorció todos sus miembros; cayó de rodillas en tierra, tendió los brazos hacia el cielo, y sus labios contraídos por el dolor, murmuraron algunas palabras de súplica.

Dios había alargado su diestra, y el réprobo forcejeaba en medio del castigo debido á sus blasfemias.

— ¡Perdon! ¡perdon! ¡alcanza mi perdón! murmuraba. Haz que cesen estos horrosos tormentos, y te lo descubriré todo. Te llevaré á los lugares que habita la hija de Williams; mandaré á mis legiones que abandonen su cuna... ¡Perdon!...

Azrael se inclinó hacia Astaroth:

— Quiera Dios compadecerse de tí, malvado, dijo, y que su clemencia se digne por mi intercesión suspender los tormentos con que estás luchando. Pero no quiero que me descubras tu secreto; guárdalo; yo sabré, á tu pesar, descubrir y salvar á la hija de Williams.

Aquellas palabras del ángel calmaron los sufrimientos del demonio.

Cayó jadeando sobre la arena, y se pasaron algunos momentos antes que pudiese recobrar la fuerza suficiente para levantarse; lo hizo por fin, pero lentamente y cabizbajo para ocultar su vergüenza á las miradas del querubín.

Después abrió repentinamente sus alas de buitre, y por medio de repetidos saltos se lanzó á los aires donde desapareció luego como un punto negro al través de las nubes.

Azrael indeciso dió una mirada en torno suyo, y fijándola por último en el cielo, dijo:

— Solo vos, Dios mio, sois la verdad y la fuerza. Nada puedo yo sin vos; dignaos, pues, inspirarme. Porque después de mi destierro del cielo, mi mirada es débil y carece de la fuerza de que gozaba en tiempos mas venturosos.

VIII.

LA NIÑA.

En el país de Gales, junto á la orilla del mar, se veía una pequeña cabaña, ó mas bien cuatro estacas cubiertas de pieles que un pescador y su mujer plantaban, ora en una, ora en otra parte de la ribera.

Cerca de aquella cabaña había casi siempre medio hundida en la arena una barca vieja, bastante lejos de las olas para que no pudiesen llevarse, pero bastante cerca para poderla botar al agua sin muchos esfuerzos y fatigas.

Cuando no bramaba la tempestad y las olas se mecían tranquilamente y sin furor, se veía á Gurth tomar sus redes y tenderlas en bajamar para ir á buscar después que la pleamar las había cubierto dejando en ellas algunos peces.

Con aquella presa se presentaba á su mujer, que la asaba sobre las ascuas, y después de aquella escasa comida se acostaba sobre las algas de una roca, miraba al cielo con aire de descontento y acababa por dormirse.

Pero si se cubría el cielo de nubes, si bramaba el viento, si la mar hinchada é inquieta empezaba á romper sus olas, entonces despertaba Gurth, y se le veía dominado de una extraña alegría.

Sus ojos brillaban con un resplandor siniestro, una feroz sonrisa contraía sus labios, cubiertos de una barba roja y poblada, y salían gritos de gozo de lo íntimo de su pecho.

Tiraba su gaban de pieles de foca, dejando desnudas sus anchas y robustas espaldas, y llamaba á su mujer para que le ayudase á poner boyante su barca.

Cogía los remos y en pocos instantes la débil barca daba furiosos botes en el mar llevando consigo á aquellas dos salvajes criaturas que poco antes se veían tan pacíficamente tendidas sobre las algas.

Mientras Gurth dirigía la canoa, su mujer Herlich extendía su vista sin cesar sobre las olas y buscaba si percibía á lo lejos el farol de alguna embarcación.

Luego que Herlich descubría la luz agitada de alguno de aquellos faroles, izaba á la punta del mástil una gran linterna de cuero, y Gurth dirigía su barca con la mayor destreza al través de los escollos y arrecifes entre los cuales navegaba y cuyas revueltas conocía perfectamente.

Casi siempre los capitanes de los buques perdidos por aquellas costas, engañados por aquella astucia infernal, se adelantaban con confianza hacia una orilla, junto á la que veían navegar sin peligro una embarcación cuya forma no podían distinguir, pero que, á juzgar por la naturaleza y las dimensiones de su farol, debía ser de extraordinaria magnitud.

Pocos instantes después, el buque confiado iba imprudente á estrellarse contra las rocas, y la mar quedaba cubierta de cadáveres.

Entonces se detenía la barca de Gurth y era llevada otra vez á la orilla encallada en la arena.

Herlich daba una porra á su marido, y ella tomaba un palo armado de un gancho y atado al cabo de una cuerda, y de aquel modo estaban aguardando.

Si las olas llevaban despojos, Herlich lanzaba su palo con una destreza maravillosa, y cogiéndolos, los atraía á la orilla y los ocultaba detrás de una roca ó dentro de su cabaña.

Si era un hombre lo que arrojaba el mar, Gurth se precipitaba sobre él, y ya fuese que el desgraciado estuviese desvanecido ó que alargase las manos pidiendo auxilio, el foragido lo mataba despiadadamente con su porra y en seguida despojaba su cadáver.

Una noche, el día había sido hermoso; había ido á perderse muy cerca de la cabaña de Gurth un buque. No solo este había encontrado en unos ocho ó diez desgraciados que habían caído á los golpes de su porra, bastante oro y objetos preciosos, sino que su mujer Herlich con su palo había atraído dos cajones llenos de viandas saladas y otros dos de los vinos mas exquisitos.

Ya bastante ricos para entregarse á la borrachera, sin curarse de los otros despojos que veían nadar sobre las olas, iban á entrar en su tienda con aquel botín, y á empezar, á los bramidos de la tempestad y de los truenos sus cómplices, un banquete, cuando de repente arrojaron las olas sobre la arena y á los pies de Herlich una tierna niña que prorumpió en lastimeros gemidos.

Cogió Gurth su porra para herirla, pero el corazón de su mujer, por duro que fuese, se sintió movido á compasión, y detuvo el brazo de su marido.

— No matemos á los niños, dijo.

Era la primera palabra de piedad que Gurth había oído salir de los labios de su compañera; por esto la miró con asombro y riendo.

— ¡Vaya una extrañeza! aulló con una voz que apagaron los mugidos de la tempestad. ¿Qué quieres hacer, Herlich, de ese aborto chillón? Déjamelos despachurar.

Y levantó el pié para chafar á la niña. Herlich levantó su palo, le tira á la cabeza de Gurth, y mientras este enjuga su frente herida y ensangrentada, coge la criatura, y la reanima estrechándola contra su pecho.

El bandido, que se había puesto pálido de ira al principio, echó á reír y alargó su velluda mano á su feroz compañera.

— ¡Bien dado ha sido el golpe, Herlich, bien dado! Si mi frente no hubiera sido tan dura, á fe mía la hubieras roto... Te perdono, pero no vuelvas mas. Vamos, tira ese gatito que mahulla, el mar hará de él lo que quiera. Ven á beber conmigo los vinos de los naufragos.

Gurth, repuso la salvaje criatura, pasando uno de sus brazos por el nervioso cuello del pescador; Gurth, es preciso que dejes vivir este niño, lo criaré y se hará grande, y cuando nosotros seamos viejos, conducirá la barca y llevará á nuestra cabaña los despojos del naufragio.

— Vaya una ocurrencia singular de que no te creía capaz, interrumpió Gurth, evidentemente sosegado, haz lo que quieras: guarda esa criatura, con tal que sus lloros no me interrumpan el sueño y que sea niño, si no, yo le torceré el cuello. Vamos, ven que yo me estoy muriendo de hambre, y la sed me estrecha horriblemente la garganta.

Herlich dejó entrar á Gurth en la cabaña, y colocó la criatura en el hueco de una roca llena de musgo. Quitóse el tosco manto que llevaba sobre sus espaldas, cubrió cuidadosamente á su protegido, le dió un beso en la blanca frente, y fué á reunirse con Gurth, pero no sin volver dos veces para asegurarse de que la niña dormía. Al entrar en la cabaña, encontró á Gurth devorando una tajada de tocino y rodeado de los restos de lo que había despachado.

Le esforzó á beber de nuevo, y no tardó en ver caer al bandido aletargado por la embriaguez. En el mismo instante salió de la cabaña, y fué otra vez donde estaba la niña, que, ya despierta, le alargaba los brazos y sonreía como si hubiese sido su madre.

Una lágrima brilló en los ojos de aquella mujer que jamás había llorado, y aquella lágrima se deslizó sobre sus morenas megillas y se paró en su seno como una brillante perla.

— Sí, dijo, bien puedes sonreírme y tenderme los brazos, porque te amaré, velaré por tí como lo hubiera hecho tu madre, tu pobre madre cuyo cadáver llevarán sin duda las olas. Te amaré, porque estoy sola en el mundo desde el día en que Gurth vino á arrebatarme á mi familia, á mí, pobre muchacha, sin amparo, y me hizo su compañera. Por tí dejaré de embriagarme, por tí ya no mataré á nadie, porque la sangre lleva consigo la desgracia, y yo no quiero que tú cometas crímenes ni teagas que temer como yo la justicia de Dios y de los hombres. Ocultaré con cuidado á Gurth tu sexo, porque te mataría si supiera que eras una niña. Te criaré á mi lado como á niño hasta la edad de cinco ó seis años... Y cuando los malos ejemplos puedan tomar en tí algun influjo, Dios me inspirará lo que deberé hacer por tí. Yo lo haré, aunque me cueste la vida.

Y diciendo estas palabras, derramaba gota á gota en la boca de la niña un poco de leche de una cabra, único ser viviente que habitaba en la choza de Gurth.

Herlich colocó la niña sobre sus rodillas como en una

cuna, la mecía para que se durmiese, y acabó por entregarse al sueño también ella.

Era ya muy tarde cuando al día siguiente por la mañana Gurth salió del profundo sopor en que le había sumido la embriaguez de la vispera.

Con los ojos hinchados, la cabeza abrumada, dirigió por la pieza una mirada de asombro, porque creía ver como de costumbre, á Herlich tendida á sus piés y alargada por el vino.

Se levantó, salió, llamó á Herlich por todas partes, y no viéndola venir, se dirigió hácia las rocas, donde no tardó en encontrarla dormida y con el niño entre sus brazos. Gurth frunció las cejas.

— ¿De qué provendrá esa singular ternura por un niño que no había visto jamás! dijo refunfuñando; ¿y abandonará por esta criatura mi cabaña todas las noches? Herlich era áspera, despiadada, sin flaqueza; la había visto despojar mas de cien cadáveres aun palpitanes sin dar la menor señal de compasión, y ahí está hecha una niñera. ¡Así son las mujeres! no hay que fiar de ninguna, un solo instante basta para volcarlas. ¡Hola! ¡Herlich!

Herlich despertó y se dió prisa á colocar la niña en el nido de musgo, porque veía la ira sobre la frente de su marido.

— La primera vez que salgas de mi cabaña para venir á pasar la noche con este niño, le dijo, romperé la cabeza á tu protegido, y despues de haberte amarrado á alguna estaca, te haré trabar estrecha amistad con la cuerda de tu percha ó con el palo de mis remos.

Herlich lanzó á Gurth una mirada de cólera.

— Ya me has apaleado muchas veces, y he sufrido tus golpes sin vengarme, le dijo: pero si me tocas al niño, te aconsejo que me mates con él, porque de lo contrario, los transeuntes verían pronto un cadáver en tu cabaña, aun cuando no tuviese otras armas que mis manos.

— ¡Ah! ¡ah! replicó Gurth, que se holgaba de ver cómo la cólera y las amenazas animaban las facciones de su mujer.

— Mira, te quiero mucho, Herlich, ahora estás ciertamente muy linda, con el cabello desgreñado, los ojos brillantes como el fuego, la cara pálida y las manos convulsivamente agitadas. No tienes el aire de una vieja nodriza de Lóndres agachada en el umbral de una tienda mudando los pañales al hijo de algun comerciante. Ven que te daré un abrazo.

Y la recibió entre sus nervudos brazos con una fuerza que hubiera ahogado á otra mujer.

— Vamos, fuera disputas; ven á ayudarme á plantar las estacas de nuestra cabaña que la violencia de la tempestad ha derribado. En seguida echaremos al mar los cadáveres que el reflujo no se ha llevado todavía, y enterraremos el oro y las sobras de nuestras provisiones. Nos conviene que nadie sepa las riquezas del pobre pescador Gurth hasta el día en que podamos ir á Normandía á llevar la vida opulenta de un rico baron. Porque con oro el rey Ricardo me hará baron, Herlich. El oro es todo en la córte del rey Ricardo.

Herlich, antes de seguir á su marido, colocó la niña en la cama de musgo, y despues de haberse asegurado de que dormía y de haberle dado un beso en la frente, se dirigió á la cabaña.

Súbitamente sintió un soplo delicioso y fresco que pasaba sobre su cabeza y le acariciaba el rostro; aquel soplo hacia experimentar á la salvaje compañera de Gurth sensaciones que le eran desconocidas.

Era el aleteo del querubin que atravesaba los aires é iba á velar junto la niña.

IX.

EN ALTA MAR.

Seis años trascurrieron, durante los cuales creció la niña arrojada á los brazos de Herlich, y gracias á su hermosura y á su candorosa viveza, acabó por grangearse hasta el feroz afecto de Gurth.

La delicadeza y el desvalimiento de aquella criatura que él tenía por niño, no eran prendas muy agradables para el robusto y brutal bandido: mas las caricias de Edwards, (que este era el nombre que le habían dado), su inalterable buen humor y la gracia que reinaba en su persona, hacían espirar en los labios de Gurth las palabras de menosprecio ó de cólera que había provocado la debilidad de la tierna niña vestida con el traje de los aldeanos de Gales.

Edwards se doblaba bajo los pesos que le mandaba traer Gurth, y sus débiles brazos no podían manejar los pesados remos; pero en cambio, dirigía el timon aun con mas destreza que el mismo bandido, y sabía encaramarse con la presteza y la agilidad de la ardilla hasta la punta del mástil.

Ningun peligro le arredraba, ningun obstáculo lo-graba detenerla; apenas se pasaba día en que no presentase á Herlich algun nido de aves marinas que había ido á buscar en la cumbre de los mas altos peñascos.

Con su rubia cabellera esparcida sobre los hombros, vestida de un jubon que dejaba marcadas las formas de su hermoso talle y de un ancho pantalon que le dejaba desnudos los piés y toda la pierna, cuando no triscaba de roca en roca, se ejercitaba en tirar el arco ó la ballesta, y pocas veces erraba el blanco á que apuntara.

Gurth la llevaba consigo siempre que salía á la pesca, pero cuando sobrevenia una tormenta y el bandido encendía el fanal en el mástil para hacer fracasar alguna

embarcacion, Herlich, so color de que no debían exponer á los riesgos del mar y á los ultrajes del viento á una criatura débil como Edwards, lograba siempre que dejase la niña en la cabaña.

El motivo verdadero que la determinaba á obrar de aquel modo era que no quería acostumbrarla á las escenas de crimen y muerte; no quería empañar la pureza del corazon de su hija adoptiva.

Si, Herlich, la mujer de Gurth, Herlich, que poco antes hería al naufrago que le pedía gracia, sin arquear la ceja, sin experimentar la mas leve conmocion, se sentía enteramente demudada.

Hubiera dado la mitad de su vida por hallarse en el centro de una pacífica aldea, por no ser mas que una pobre mujer sentada junto al hogar con la rueca.

Mil zozobras maternales agitaban su corazon sobre el porvenir de la niña, que veía crecer á su lado y que no tardarian en corromper los ejemplos de Gurth, porque llegaba á su colmo la alegría de Gurth, cuando veía á Edwards llevar á sus labios la copa llena de vino ó repetir las blasfemias que el bandido mezclaba con sus palabras mas insignificantes.

Aquellos recelos por el porvenir de su hija ponían á Herlich triste y pensativa, con frecuencia se la veía pasar horas enteras sentada en el picacho de alguna roca, apoyada la cabeza sobre la mano, y entregada á sus meditaciones.

Entonces iba Azrael á sentarse á su lado ó revoloteaba en torno de su cabeza para atizar con su divino soplo la llama generosa que ardía en el pecho de aquella mujer.

Una tarde que Gurth había salido, saltó repentinamente de la roca, puso la barca boyante y llamó á Edwards.

— Hija mia, le dijo, vamos á emprender un viaje que quizás será muy largo, y tendremos que remar con fuerza.

La niña saltó de gozo, porque únicamente en la barca y sobre las olas se hallaba á su satisfaccion.

Herlich, inspirada por Azrael, había resuelto aprovecharse de la ausencia de Gurth para huir, ganar la costa de Francia, y buscar una orilla desierta en aquella comarca donde llevar una existencia exenta de crímenes y remordimientos.

— Allí, se decía, viviré del trabajo de mis manos, iré á la pesca, recompondré las velas de los pescadores y mendigaré, si es preciso, mi sustento; pero á lo menos libraré á esta jóven de los remordimientos que roen mi pecho, y no tendré que arrepentirme de haber causado su perdicion. Dios, que me inspira, me protegerá.

Y por la primera vez, aquella mujer que no había orado desde el día en que Gurth la había llevado toda ensangrentada á su cabaña, aquella mujer, avezada al robo y al asesinato, se arrodilló devotamente, alargó las manos al cielo y probó de murmurar una plegaria.

Al verlo Edwards, se colocó á su lado, y su boca, infantil, repitió las palabras que oía salir de la boca de su madre adoptiva.

— ¡Señor, Señor, protegédnos!

Poco despues cortó la amarra que sujetaba la barca, se abrió la vela, llenóse de viento, y el reflujo la llevó á alta mar con la rapidez de una saeta.

Pero Astaroth, que veía escapársele la presa y á quien causaba tanta mas ira el triunfo de Azrael cuanto debía poner fin al destierro del ángel y llevarlo al cielo, salió al encuentro de Gurth, que volvía á su cabaña, le inspiró pensamientos criminales, y apresuró su marcha impeliéndole con sus manos invisibles.

Gurth llegó á la orilla en el instante en que Herlich y Edwards comenzaban á hacer uso de los remos para internarse mas y dar mayor celeridad á su esquife: sin atinar con el motivo, comprendió sin embargo que entrambas huían.

Al instante tomó una flecha de su aljaba, la ajustó al arco; la flecha silbó, y hubiera dado en el blanco, si la mano de Azrael no la hubiese desviado.

Furioso entonces Astaroth, se lanzó de un salto á la chalupa y arrojó á Herlich al mar.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! gritó Herlich, y desapareció debajo de las olas que volvieron á cerrarse tras ella.

Mientras que Edwards se entregaba á la desesperacion y se preguntaba con ansiedad si seria mas acertado seguir su rumbo ú obedecer á Gurth que le llamaba desde la orilla, se lanzó á nado Gurth enfurecido dirigiéndose hácia la barca.

En aquel mismo instante, el cielo se cubrió súbitamente de nubes, estalló el rayo, y arrojó el mar dos cadáveres contra las rocas; cadáveres horribles y sangrientos, en los cuales nadie hubiera podido reconocer los cuerpos desfigurados de Gurth y de Herlich.

Entre tanto Edwards, perdida en medio de las olas, Edwards que acababa de ver perecer á su bienhechora, alzaba al cielo sus manos y repetía la postrera palabra de su madre adoptiva, así como por la mañana había repetido su plegaria: porque el ángel Azrael estaba sentado á la popa de la barca; pero Astaroth en pié á la proa turbaba el ánimo de la jóven para alejar todo pensamiento religioso, sugiriéndoselos de terror y desolacion.

A no hallarse presente el querubin, hubiera probado de precipitar la niña al mar.

Pero no se atrevió á llevar á cabo tan arrojado proyecto, pues recordaba los acerbos tormentos que había padecido en presencia del ángel desterrado.

Astaroth cruzó los brazos sobre su horrible pecho: Azrael se puso de rodillas y elevó sus ojos al cielo con

confianza: el mar abonanzó, cesó de bramar el trueno y no brillaron mas los relámpagos. Edwards, rendida por la fatiga y el dolor, se durmió, y cuando despertó, la barca se hallaba detenida entre unas rocas.

Cuando la jóven despertó dió una mirada de sorpresa en torno suyo; los acontecimientos de la vispera le parecían un sueño triste y penoso; pero cuando estuvo cierta de que no dormía, cuando el recuerdo de la muerte de Herlich se presentó distintamente á su pensamiento, se puso á llorar amargamente.

Azrael, movido á compasión, apartó la canoa de aquellos escollos con la punta de sus alas, y la encaminó hácia una bahía cercana que sirvió de puerto al frágil esquife.

Edwards saltó entonces en tierra y vió á un niño que pasaba corriendo por allí cerca; quiso llamarle, pero dió un grito tan ronco y terrible que lo espantó y precipitó su fuga.

Sus padres, al verle llegar pálido y temblando, se informaron de la causa de su espanto, y él les respondió que á la orilla del mar había visto un monstruo de una cabellera larga, pronto á tragarse á cuantos se le acercasen.

Armáronse todos al momento y se dirigieron á la orilla: pero quedaron embargados por la sorpresa á la vista de Edwards, cuya extraña y maravillosa hermosura tenía un carácter todavía mas salvaje con los últimos rayos del sol en el ocaso, que derramaban sobre él sus gloriosos reflejos de púrpura.

Esparcidos sus largos cabellos rubios, en pié y apoyándose en un remo, miró largo rato con suave sonrisa á la turba de pescadores reunidos, y se adelantó hácia ellos con confianza.

Por un movimiento de terror los pescadores retrocedieron delante de aquella criatura desconocida, pero no por esto dejó de seguir adelante Edwards; admirada del miedo que infundía, quiso tomar en sus brazos á un niño que la precipitacion de la fuga había hecho tropezar y caer á sus piés. Pero así que se bajaba para cogerlo, el padre del niño lanzó á Edwards el arpon que llevaba en la mano y la hirió en medio del pecho.

Cayó ella al golpe, y por algunos instantes forcejeó en la arena que regaba con su sangre; pero la crisis fué rápida y quedó vencida.

Acostumbrada á los sufrimientos, se sobrepuso al dolor que experimentaba, se levantó y arrancó el arpon de la herida.

Buscando en seguida al que la había herido, lo reconoció, lo persiguió en medio de la muchedumbre y lo derribó al momento á sus piés.

Entonces se levantó un espantoso tumulto, la acometieron todos, y sola contra ellos, no tardó en tener que ceder al número.

La volcaron, la ataron fuertemente á una estaca, y los pescadores, dominados aun por la cólera, empezaron á deliberar acerca de la suerte de la prisionera.

Mientras que unos proponían darle inmediatamente la muerte, y otros guardarla para tormentos mas crueles y prolongados, Edwards, postrada por la fatiga y por la falta de sangre, cayó exánime: una vieja la tuvo compasión, se inclinó para curarla, y entreabrió el vestido que llevaba.

— ¡Es mujer! exclamó, ¡es mujer!

E hizo varias preguntas á Edwards; mas Edwards no entendía el lenguaje de que usaba aquella buena mujer, y con voz moribunda le contestó algunas palabras en sajón, palabras que no fueron comprendidas por ninguno de cuantos la rodeaban.

Felizmente un anciano sacerdote inglés, á quien la muerte del rey Ricardo y las catástrofes sobrevenidas despues habían impedido voiver á Inglaterra, atraído por el alboroto, había dejado la ermita que se había construido entre las rocas, con ánimo de salvarla del furor de los pescadores.

El ángel y el demonio, que se cernían sobre la orilla, reconocieron al instante al anciano sacerdote de Santa María del Arca.

Azrael prorumpió en un grito de alborozo; pero Astaroth soltó una de sus amargas carcajadas.

— No te creas aun vencedor, le dijo, á pesar del poder de este nuevo auxiliar. Edwards no ha recibido todavía el bautismo, y Edwards acaba de verter sangre. Ya ves de consiguiente que puedo ejercer mi influjo sobre ella, al paso que tú te ves forzado á permanecer pasivo á su lado.

Y al decir esto, bajó cerca de la jóven, y sin dejar de ser invisible, la ciñó con sus inmundos brazos, y la confundió con el soplo de su infernal aliento.

Edwards, que se había desmayado otra vez, abrió los ojos y se sintió animada de una fuerza extraña.

Su corazon latía con mas velocidad, la sangre ardía en las venas, y sus miradas brillaban con un resplandor siniestro.

Cuantas mujeres la cercaban se retiraron aterradas, y solo permaneció á su lado el anciano sacerdote.

— Venid, le dijo, jóven, venid, no teneis que temer ningun peligro, venid á un asilo que os aguarda. Voy á acompañaros á un convento cercano, donde hallareis los desvelos que requieren vuestras heridas y vuestra alma. Venid, venid conmigo.

Edwards hizo un movimiento para seguir al anciano; pero el demonio la detuvo y la ciñó mas estrechamente.

El anciano tomó la mano de la jóven, pero Astaroth pronunció algunas palabras fatales al oido de Edwards, que repelió al anciano con tanta fuerza, que cayó y fué á dar de cabeza en el ángulo de una roca.

Enfurecidos con aquella muerte los pescadores, se

precipitaron sobre la matadora cuyo cuerpo ensangrentado fué rodando al lado del anciano moribundo.

Astaroth victorioso se inclinaba hácia Edwards para apoderarse de su alma.

Azrael se arrodilló junto al anciano y murmuró á su oído estas palabras:

— No ha sido bautizada, salvadla.

El anciano, á aquella inspiracion del cielo, se levantó, se arrastra hasta Edwards espirante, y deja caer sobre la frente de la desventurada algunas gotas de la sangre que manaba de sus heridas.

— Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dijo, y espiró.

— Debía salvarte una lágrima, dijo el ángel, y te ha redimido una gota de sangre. Loado sea Dios para siempre, porque los arcanos de la Providencia son divinos é impenetrables.

Entonces se oyeron los rugidos de Astaroth que, vencido; volvia á los infernos, y el querubin Azrael se subió á los cielos, y puso á los pies de Jehovah dos almas radiantes. M DE F.

Bellas-Artes.

EXPOSICION DE 1867.

M. Meyerheim es un pintor de talento, como lo prueba en su cuadro titulado la *Parada delante del Circo*, lienzo animadísimo, perfectamente pintado, donde los colorines chillones, el oropel de equívocos reflejos, reluce y chispea entre la grasa y el lodo.

La alegre miseria del gitano, nacido al acaso entre las zarzas de un camino, que duerme en algun pajar, y que morirá sin cuidado alguno sobre el estiércol de una caballeriza, se halla bien indicada en esas fisonomías curtidas aun por el sol que tostó á sus antepasados. En medio de tal tumulto es de notar la gravedad de los músicos soplando con ahinco en sus abollados instrumentos de cobre.

Sin embargo, la multitud, compuesta de algunos pilluelos y de algunos ancianos ociosos, va llegando lentamente; esos titiriteros cuyo lujo y osadía deslumbra á los chiquillos, son mirados con malos ojos por los hombres formales, pues estos saben muy bien los peligros que van á correr sus gallinas y sus manzanas. Los gita-

EXPOSICION DE BELLAS-ARTES DE 1867.
Arriero del Perú, grupo de cera por el señor Santa Coloma.



nos, al través de tantas cualidades pintorescas que les han valido cierta simpatía por parte de los novelistas, suelen hallarse desprovistos de la noción de la propiedad, y así es que el aldeano, poco poético por naturaleza, les considera principalmente bajo el mismo punto de vista que los zorros que tantos destrozos cometen en los gallineros. Tres siglos hace los colgaban en Alemania, aun sin tomarse el trabajo de juzgarlos. Hoy las costumbres se han suavizado, y con tal que diviertan y que no roben demasiado, los toleran y á veces los protegen.

El *Arriero del Perú* guiando una mula, obra del señor Santa Coloma, no carece de mérito. La mula se resiste á la mano del arriero, el cual parece no menos obstinado que su montura, y seguramente, si esta no cede, tiene en reserva un argumento decisivo, una *última ratio* que pondrá fin á la discusion, á saber, una correa que inspirará á la mula el sentimiento de la obediencia. T. G.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— En verdad, señor Fagin, que solamente con veros hay suficiente para curarse de una oftalmia, contestó el honrado negociante al judío, que acababa de preguntarle por su salud.

— La *vecindad* era demasiado peligrosa, Lively, dijo Fagin frunciendo las cejas y cruzándose de brazos.

— Es verdad, ya he oído quejarse á muchos, repuso el chalan, pero ya se apaciguarán buen pronto; ¿no os parece así?

Fagin hizo una señal afirmativa, y extendiendo la mano en direccion de Saffron-Hill, preguntó:

— ¿Hay alguno allá abajo esta noche?

— ¿En *los Tres Cojos*?

El judío hizo una señal afirmativa.

— Esperad, contestó el mercader tratando de recordar; que yo sepa, hay media docena; pero no creo que vuestro amigo se halle entre ellos.

— Supongo que Sikes no está, dijo Fagin con aire de sentimiento.

— *Non est ventus*, no ha venido, como dicen los hombres de ley, repuso el hombrecillo moviendo la cabeza con una expresion maligna. ¿Traeis alguna cosa con que podamos hacer negocio?

— Hoy nada, contestó el judío alejándose.

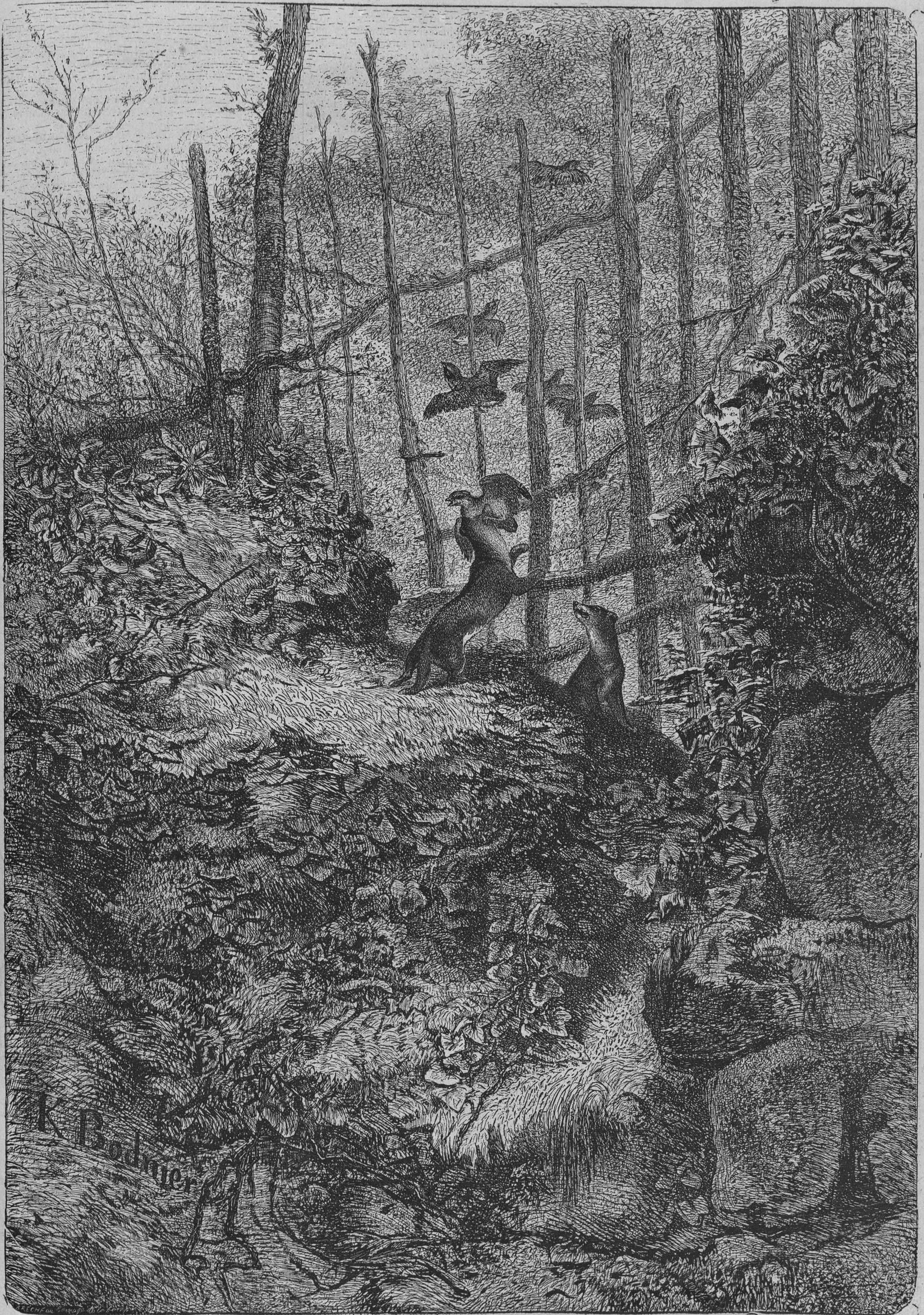
— ¿Vais á *los Tres Cojos*, Fagin? preguntó el mercader al judío; esperad, se me antoja ir á dar una vuelta con vos.

El judío volvió la cabeza, é hizo con la mano una seña, indicando que preferia ir solo, y como por otra parte no estaba el hombrecillo dispuesto á marchar en el momento, el dueño de *los Tres Cojos* tuvo que privarse por aquella vez del placer de ver al honrado Lively, quien despues de haber cambiado una seña de duda y desconfianza con cierta dama de la tienda de enfrente, volvió á coger su pipa y se puso á fumar gravemente.

Los Tres Cojos, ó mejor dicho, *los Cojos*, título bien conocido de todos los habitantes de aquellos lugares,



La parada delante del circo, cuadro por M. Meyerheim.



LA VECINDAD PELIGROSA, dibujo de K. Bodmer.

era aquella misma taberna donde ya han figurado Sikes y su perro.

Fagin hizo una rápida seña á un hombre que estaba sentado al mostrador, subió la escalera, abrió una puerta, y deslizándose silenciosamente en la sala, lanzó una inquieta mirada á su alrededor, cubriéndose los ojos con la mano como si buscara á alguno.

La sala estaba iluminada por dos mecheros de gas, cuyo resplandor no podía percibirse desde fuera, merced á las ventanas, herméticamente cerradas, y las cortinillas rojas que cubrían los cristales.

El techo estaba ennegrecido para que el humo de los quinqués no alterase el color.

Una espesa nube de tabaco envolvía todos los objetos, de tal modo, que al entrar en la sala no era posible distinguir ninguna cosa.

De vez en cuando, no obstante, y al abrirse la puerta, escapábase un poco de humo, y entonces veíase un extraño conjunto de cabezas, tan confuso como los sonidos que se oían.

Pero á medida que la vista iba acostumbrándose al espectáculo, acabábase por descubrir una numerosa sociedad de hombres y mujeres agrupados al rededor de una larga mesa, al extremo de la cual estaba sentado un presidente con un martillo en la mano, como insignia de sus funciones.

En un rincón de la sala veíase un mal piano ante el cual hallábase una especie de artista de nariz colorada y cuyo semblante estaba cuidadosamente vendado á causa de una fluxion.

En el momento de entrar Fagin en la sala, el artista pasaba sus dedos sobre las teclas, á guisa de preludio, lo cual ocasionó un rumor general.

Todo el mundo pedía una canción, y cuando cesó el alboroto, una jóven entretuvo al público cantando una balada en cuatro estrofas, entre cada una de las cuales la acompañante tocaba con toda su fuerza.

Terminada esta primera parte, el presidente hizo una seña de aprobacion, y entonces otros artistas, colocados á su izquierda y su derecha, entonaron un duo que fué cantado entre los ruidosos aplausos de los concurrentes.

Era curioso observar algunas de las fisonomías que se destacaban del grupo. En primer lugar veíase el presidente, que no era otro sino el maestro de ceremonias, hombre de aspecto atrevido y de formas atléticas, que mientras los demás se divertían, paseaba sus miradas por todas partes, fingiendo dejarse llevar por el placer de la música, sin que se le escapase nada de lo que hacían los demás, prestando asimismo atento oído á todo lo que se decía.

A su lado estaban los cantantes, recibiendo con indiferencia los cumplidos, y apurando sendos vasos de grog, que les ofrecían sus entusiastas admiradores.

Todos los concurrentes tenían impreso en el rostro el sello de los vicios mas abyectos, llamando la atención á fuerza de ser repugnantes.

La astucia, la ferocidad y la embriaguez en todos sus grados, se mostraban bajo el aspecto mas hediondo; veíanse entre las mujeres algunas jóvenes, en la flor de su edad, pero ya marchitas por el vicio, y manchadas con la disolucion y los crímenes.

Estas jóvenes formaban la parte mas triste y sombría del cuadro.

Fagin, á quien nada de aquello podía conmovér, examinó rápidamente todos los semblantes, mas sin encontrar, al parecer, lo que buscaba.

Al fin llamó la atención del individuo que presidía, y haciéndole una seña con la mano, salió de la sala á paso de lobo, del mismo modo que habia entrado.

— ¿Qué se os ofrece, señor Fagin? preguntó el hombre, que habia salido al instante detrás del judío. ¿No queréis acompañarnos? Todos se alegrarian mucho.

El judío movió la cabeza impaciente y preguntó en voz baja.

— ¿Está él aquí?

— Non, contestó el hombre.

— ¿Y no hay noticias de Barney? preguntó Fagin.

— Ninguna, contestó el dueño de la taberna de los *Tres Cojos*, que era él mismo; y podeis estar seguro que no se moverá hasta tanto que todo se haya apaciguado. Sabed que se está siguiendo la pista, y si ahora se dejase ver, le pescarian de fijo. En cuanto á Barney, todo va bien, pues no he oido hablar de él; pero no tengais cuidado, que ya sabrá salir airoso del negocio.

— ¿Vendrá él esta tarde? preguntó el judío recalando el acento particularmente en la palabra *él*.

— Monks, ¿no es verdad? repuso el tabernero vacilando.

— ¡Chut! sí, murmuró Fagin.

— Sin duda, contestó el otro sacando del bolsillo un reloj de oro; aun creí yo que vendria antes: si queréis aguardar diez minutos, acaso...

— No, no, interrumpió el judío con viveza, como si á pesar de su deseo de ver á la persona en cuestion, experimentase un alivio en no encontrarla. Decidle que he venido á verle, y que vaya á mi casa esta noche. No; mejor será mañana, puesto que no se halla aquí; sí, mañana aun será tiempo.

— Está bien, contestó el hombre; ¿no hay mas que decir?

— Nada mas por ahora, contestó el judío bajando la escalera.

— A propósito, dijo el tabernero en voz baja inclinándose sobre la barandilla, ¿qué buen momento seria este para hacer una venta! Felipe Barker está ahí, tan borracho, que un chiquillo podría con él.

— ¡Ah! ¡ah! dijo el judío levantando la cabeza, no

es este el momento de acabar con Barker; aun hay que hacer alguna cosa antes de ajustarle las cuentas, y por lo tanto, volved á la reunion, amigo mio, y decid á los concurrentes que se diviertan y gocen mientras les quede vida; ¡ja, ja!

El tabernero se echó tambien á reír, y fué á reunirse con sus huéspedes. Cuando el judío se encontró solo, adquirió de nuevo su fisonomía una expresion agitada é inquieta, y despues de reflexionar un momento, se hizo conducir hácia Bethnal-Green, deteniéndose á un cuarto de milla de la casa de Sikes. El resto del camino lo anduvo á pié.

— Ahora, murmuró llamando á la puerta, vamos á ver, hija mia, y si se trama aquí alguna tenebrosa traicion, yo sabré descubrirlos por muy astutos que seais.

Habiéndole dicho á Fagin que Nancy estaba en su cuarto, subió la escalera sin hacer ruido, y entró sin llamar. Hallábase la jóven con la cabeza apoyada sobre la mesa y los cabellos en desorden.

— Habrá bebido, pensó Fagin, ó acaso esté triste.

Haciéndose esta reflexion, volvióse el judío para cerrar la puerta, y al ruido se despertó la jóven.

Nancy dirigió al viejo una mirada de indiferencia, y escuchó en silencio la narracion de las aventuras de Toby Crackit. Cuando el judío hubo terminado, volvió á su primera posicion sin decir una palabra, y empujando el candelero con impaciencia, golpeó el suelo con los piés de una manera nerviosa, sin volverse á mover despues.

Durante este silencio, el judío dirigia á todas partes inquietas miradas, como para asegurarse de que Sikes no se hallaba allí; satisfecho sin duda de su exámen, y despues de toser dos ó tres veces, hizo varias tentativas para trabar conversacion; pero la jóven no hizo caso de él. Entonces intentó la última prueba, y frotándose las manos, dijo con voz melosa:

— ¿Dónde piensas que pueda estar ahora Guillermo, hija mia?

La jóven murmuró con voz lastimera y apenas inteligible, que nada sabia; diríase que sollozaba.

— ¿Y el muchacho? preguntó el judío fijando su mirada en Nancy para leer en la expresion de su semblante. ¡Pobre chico, abandonado á la orilla de un foso! Nancy, ¿qué dices tú á esto?

— ¡El muchacho! repuso la jóven alzando la cabeza; el muchacho está mejor donde se halla que entre nosotros, y con tal que no haya sucedido nada á Guillermo, deseo que se haya muerto en ese foso.

— ¡Cómo! exclamó Fagin estupefacto.

— Os lo repito, dijo Nancy mirando fijamente al judío; seré feliz con tal de no volverle á ver, y con saber que han terminado sus pruebas en este mundo. No puedo soportarle á mi lado; su sola vista me hace aborrecerme á mí misma y á todos vosotros.

— ¡Bah! exclamó el judío con desden; tú estás embriagada, hija mia.

— ¡Yo! repuso Nancy con amargura; no teneis vos la culpa de que no lo esté, pues lo que quisiérais seria verme siempre en ese estado, excepto acaso en este momento. Parece que no os agrada encontrarme de este humor; ¿no es cierto?

— ¡No! replicó el judío con acento de cólera; no es muy de mi gusto.

— ¡Pues bien! ¿qué queréis hacer? repuso la jóven sonriendo.

— ¡Qué quiero hacer! gritó el judío exasperado con la inesperada obstinacion de su interlocutora; vas á saber lo que quiero; escúchame, maldita bruja. Escúchame bien, á mí, que no tengo mas que decir tres palabras para ahogar á Sikes con tanta seguridad como si tuviese ahora entre mis manos su cuello de toro. Si vuelve sin el chico, y le ha dejado escapar, ó si no me le devuelve muerto ó vivo, asesínale tú apenas ponga aquí los piés, si quieres evitarle la horca, y advierte que si vacilas en hacerlo, será ya demasiado tarde.

— ¿Qué queréis decir con todo eso? exclamó involuntariamente la jóven.

— Quiero decir, continuó Fagin enfurecido, que cuando ese muchacho puede valerme centenares de libras esterlinas, no es cosa de que vaya á perder tan buena ocasion, tan seguro beneficio por la falta de una caterva de borrachos á quienes podía hacer ahorcar, ni debo tampoco ponerme á la merced de un bandido á quien no falta la voluntad, pero que tiene el poder de... de...

El judío, sin alentar apenas, balbuceaba palabras inteligibles; pero de repente apaciguóse su cólera y cambió enteramente de aspecto.

El, que un momento antes se retorcia los brazos, respirando apenas, con los ojos extraviados y el semblante pálido de furor, dejóse caer desfallecido sobre una silla, y tembló al pensar que acaso se habria descubierto.

Despues de una corta pausa, resolvióse á fijar los ojos sobre su compañera, y pareció serenarse al verla en la misma actitud indiferente en que la encontrara al entrar.

— ¡Nancy, hija mia! murmuró el judío con su acento acostumbrado; ¿has oido lo que te he dicho?

— No me canseis, Fagin, repuso la jóven levantando la cabeza con lentitud; si Guillermo no ha salido bien esta vez, ya saldrá bien otro dia; ya sabeis que para vos ha dado mas de un buen golpe, y aun dará otros cuando pueda. Nadie puede hacer lo imposible, y así no hablemos mas de esto.

— ¿Y ese muchacho, hija mia? dijo el judío frotándose las manos con una vivacidad nerviosa.

— El muchacho debe correr los mismos riesgos que los demás, interrumpió Nancy; además, vuelvo á repetir, espero que haya muerto, para quedar al abrigo de todos los males... Con tal de que no haya sucedido nada á Guillermo; pere puesto que Toby se ha escapado, es probable que él tambien esté en salvo, pues vale dos veces mas que su compañero.

— ¿Y en cuanto á lo que os ha dicho, hija mia? preguntó el judío fijando sobre la jóven una escudriñadora mirada.

— Será preciso que me lo repitais, si es alguna cosa que queréis que haga, repuso Nancy, y aun en este caso, mejor será aguardar á mañana, porque en este momento estoy atontada.

Fagin hizo todavía algunas preguntas para asegurarse de que la jóven no se habia fijado en sus imprudentes reflexiones; pero Nancy contestó con tal naturalidad, y permaneció tan impassible ante las penetrantes miradas del judío, que este se convenció completamente de que la jóven no habia abusado de los licores, como de costumbre.

En efecto, Nancy no carecia de este defecto, tan común entre todos los discípulos del judío, que los acostumbraba á la bebida desde su infancia. El olor de ginebra que se sentía en la habitacion, y el desorden del traje de la jóven, hicieron concebir á Fagin aquella sospecha; pero despues de haber observado á su compañera, convencióse Fagin como hombre de experiencia, con la mayor satisfaccion, que Nancy estaba muy lejos de haber sorprendido su secreto.

Asegurado por esta parte, y habiendo alcanzado el doble objeto que se proponia de informar á Nancy de las noticias que acababa de recibir, y asegurarse por sus propios ojos, de que Sikes no habia vuelto aun, Fagin se fué á su casa dejando á Nancy con la cabeza apoyada en la mesa.

Serian las dos de la mañana: la noche era sombría, el frio excesivo, y el airado cierzo, al barrer las calles, habia ahuyentado tambien á la gente.

Las pocas personas que se veían marchaban apresuradamente, como si desearan llegar pronto á su casa, y el judío iba tiritando de frio á pesar de su apresurada marcha.

Llegado á la esquina de la calle donde vivía, disponíase á sacar del bolsillo la llave de su casa, cuando un individuo salió de un oscuro cobertizo, y atravesando la calle, deslizóse con el mayor silencio hasta tocar al judío.

— ¡Fagin! murmuró una voz.

— ¡Ah! exclamó el judío volviéndose vivamente, es...

— Si, interrumpió bruscamente el desconocido, ya hace dos horas que estoy aquí helándome. ¿Dónde diablos estábais.

— Ocupado en vuestros negocios, amigo mio, repuso Fagin, mirando á su compañero con inquietud, en tanto que acortaba el paso. Ocupado en vuestros negocios toda la noche.

— ¡Bah! ¡será eso cierto! dijo el desconocido con ironía. ¡Y bien! ¿qué resultado tenemos?

— Nada bueno, repuso el judío.

— Espero que tampoco nada malo, replicó el otro deteniéndose y mirando á su compañero con inquietud.

El judío iba á contestar, cuando interrumpiéndole el desconocido dirigióse hácia la casa ante la que acababan de detenerse, y le hizo observar que seria mejor hablar á cubierto, pues estaba helado y el viento le cortaba la cara.

Fagin parecia muy dispuesto á excusarse de recibir una visita á semejante hora, manifestando que no tenia fuego; pero el desconocido insistió de una manera tan perentoria, que el otro abrió la puerta, rogando á su compañero la cerrase sin hacer ruido, en tanto que él encendía una luz.

— Está esto oscuro como boca de lobo, dijo el hombre dando algunos pasos á tientas; despachaos, que no me gustan las tinieblas.

— Cerrad la puerta, dijo Fagin en voz baja.

Al pronunciar estas palabras, la puerta se cerró sin ruido.

— No soy yo quien ha cerrado, murmuró el desconocido tratando de orientarse en la oscuridad, habrá sido el viento ó la puerta sola. Alumbrad pronto, pues de lo contrario voy á romperme la cabeza en esta maldita caverna.

Fagin bajó sin hacer ruido la escalera de la cocina, y volvió á poco con una luz, despues de asegurarse que Toby Crackit y los demás rateros dormían profundamente. Hizo una seña al desconocido para que le siguiese, y ambos subieron la escalera.

— Aquí podremos hablar lo poco que tenemos que decirnos, dijo Fagin empujando una puerta que daba á una habitacion; y como hay agujeros en las ventanas, y no permitimos que los vecinos vean nunca luz alguna, dejaremos esta en la escalera. ¡Por aquí!

Bajóse el judío, puso la vela sobre el último escalon enfrente de la puerta, y entró el primero en el cuarto, donde no habia mas muebles que un sofá roto, y detrás de la puerta un sillón viejo.

El desconocido se dejó caer en él con el aire de un hombre agobiado de cansancio, y entonces el judío, acercando el sofá, se colocó enfrente.

La oscuridad no era completa; pues la puerta estaba entreabierta, y la luz, puesta en la escalera, proyectaba una débil claridad sobre la pared del fondo de la habitacion.

Hablaron algun tiempo en voz baja, y no era posible comprender sino algunas palabras; pero un testigo oculto hubiera podido observar fácilmente que Fagin se

defendía de ciertas recriminaciones del desconocido, y este era presa de una violenta irritación.

Haria poco más ó menos un cuarto de hora que estaban hablando, cuando Monks (este era el nombre del desconocido) dijo levantando la voz:

— Os repito que eso se ha hecho contra todo lo que aconseja el buen sentido. ¿Por qué no haberle guardado aquí con los demás? ¿por qué no haber hecho de él un audaz raterillo?

— ¡Pero escuchadme! exclamó el judío encogiéndose de hombros.

— ¿Vais á decirme que no habeis podido á pesar de quererlo así? preguntó Monks con acento enojado. ¿No lo habeis conseguido veinte veces con otros muchachos? Si hubiérais tenido paciencia por espacio de un año, ¿no hubiérais logrado cuando menos hacerle condenar á la deportación, acaso para toda la vida?

— ¿Y á quién le hubiera aprovechado eso, amigo mio? preguntó humildemente el judío.

— A mí, replicó Monks.

— Pero no á mí, dijo el judío, pues debo convenir en que hubiera podido serme útil. Cuando hay dos partes interesadas en un negocio, es de toda justicia consultar el interés de ambas, ¿no es verdad, amigo?

— ¿Y despues? preguntó Monks con aire burlón.

— He visto que no era fácil hacerle entrar en carrera, repuso el judío, porque no se parecía en nada á los demás chicos que se encuentran en la misma posición.

— Es verdad; ¡maldición! murmuró Monks; de otro modo, hace mucho tiempo que sería ladrón.

— Yo no he tenido sobre él bastante dominio para convertirle, continuó el judío observando con inquietud el aspecto de su compañero; y como no había *metido nunca la mano*, no fué posible asustarle como se acostumbra siempre al principio. ¿Qué podía yo hacer? Enviarle con el *Truhan* y Charlot no era conveniente, pues bastante tuvimos con la primera vez, que me hizo temblar por todos nosotros.

— Eso no es culpa mía, observó Monks.

— No, no, amigo mio, tampoco me quejo, porque si eso no hubiese sucedido, jamás hubiérais tenido ocasión de fijaros en ese chico, ni de descubrir que él era el que buscábais. Solo por vos le recuperé, valiéndome de Nancy, y ahora es ella la que comienza á interesarse por él.

— ¡Pues bien! ahogad á esa muchacha, dijo Monks con impaciencia.

— No es este el momento, amigo mio, repuso el judío sonriendo, y además, esta clase de negocios no nos responde. De lo contrario, ya lo hubiera hecho uno de estos días con placer; pero yo conozco muy bien á esa clase de muchachas, Monks. Cuando el chico haya empezado á tomar gusto al oficio, la jóven no le hará caso. Quereis que sea ladrón; si vive, os prometo que yo le arreglaré, y si... si... continuó el judío acercándose á Monks... no es probable, pero en fin, hay que ponerse en lo peor... si hubiese muerto...

— No sería por mi culpa, interrumpió Monks con aire consternado, estrechando con mano temblorosa el brazo del judío. Pensado bien, Fagin; ya os he dicho desde el principio, que todo menos la muerte; no quiero verter sangre, porque esta se descubre siempre, y además nos persigue de continuo una fastasma. Si el chico ha muerto no es culpa mía, ¿lo entendeis? Pero, maldita sea esta infernal huronera, ¿qué es eso?

— ¿El qué? preguntó el judío cogiendo por mitad del cuerpo á Monks, que se había arrojado á sus piés; ¿qué veis? ¿dónde?

— Allá abajo, murmuró Monks indicando con la vista la pared de enfrente. La sombra... he visto la sombra de una mujer, con un manto y un sombrero, pasar como una exhalación... junto á la pared.

El judío soltó á Monks y ambos se lanzaron precipitadamente fuera de la habitación. La vela agitada por la corriente del aire se hallaba en el mismo sitio donde la habían dejado, y á su luz pudieron ver la escalera solitaria, y contemplar sus semblantes pálidos de espanto. Escucharon con atención, pero en toda la casa reinaba un silencio profundo.

— Habeis soñado, dijo el judío cogiendo la luz y volviéndose hácia su compañero.

— Juraría haberla visto, contestó Monks temblando de miedo; cuando la aperebí se inclinaba hácia adelante, y al hablar desapareció.

El judío contempló con desden el rostro lívido de Monks, y diciendo que le siguiese si quería, ambos subieron la escalera. Recorrieron las habitaciones y los corredores, y bajaron á la cueva; pero en todas partes reinaba el mismo silencio de muerte.

— ¿Estais ahora seguro? preguntó el judío: excepto nosotros dos, Toby, y los muchachos, que se hallan en sitio seguro, no hay un alma en esta casa. Mirad.

Así diciendo, el judío sacó dos llaves del bolsillo, manifestando á Monks, que para evitar toda indiscreción, durante la entrevista, había encerrado á todos bajo llave.

Tantas pruebas reunidas calmaron el terror y la inquietud de Monks, y á medida que avanzaban sin encontrar nada, disipábanse sus temores, concluyendo al fin por reírse de su terror y declarar que aquello habría sido una ilusión de su mente. A pesar de esto, rehusó reanudar la conversación, y acordándose que eran ya las tres de la mañana, despidióse de su compañero.

XXVII.

Como no sería de ningún modo conveniente hacer

esperar á un personaje tan elevado como lo es un bedel, y como sería indigno de la galantería de un escritor, que sabe vivir, el tratar con indiferencia á una dama á quien el bedel había mirado con afecto, pronunciando á su oído dulces palabras de amor, el autor concienzudo que escribe estas líneas, fiel á sus sentimientos de respeto y veneración hácia todos aquellos que ejercen aquí abajo una grande é importante autoridad, se apresura á tratarles con la delicadeza que su posición reclama, guardándoles las debidas consideraciones.

Con este objeto, proponíase hacer aquí una disertación sobre el derecho divino de los bedeles; pero por falta de lugar se ve en la dura precisión de aplazar este proyecto para mejor ocasión.

Tan pronto como esta se presente, podrá demostrar que un bedel, en el ejercicio de sus funciones, es decir, un bedel parroquial dependiente del asilo de mendicidad, está dotado de todas las cualidades, ó mejor dicho, de todas las perfecciones de la naturaleza humana; y que los bedeles agregados á las administraciones, á los tribunales de justicia ó á las sucursales, se hallan muy lejos de tener estas perfecciones.

Estos últimos, no obstante, ocupan el segundo rango; pero hay un abismo entre el segundo y el primero.

El señor Bumble había contado y recontado las cucharillas del té, vuelto á pesar la tenacilla del azúcar, y examinado escrupulosamente el jarro de la leche; despues de lo cual procedió á la inspección minuciosa del mobiliario, hasta el punto de mirar el relleno de las sillas.

Había practicado ya este exámen cinco ó seis veces sin pensar que la señora Corney podía venir; y como una idea trae otra, pensó el bedel que en nada podría ocupar mejor el tiempo, que en satisfacer su curiosidad por completo echando una rápida mirada en la cómoda de la señora Corney.

Aplicó primero el oído á la cerradura para asegurarse que nadie venía, y despues, comenzando por abajo, procedió al exámen de tres grandes cajones, llenos de efectos en muy buen estado, cubiertos por una capa de periódicos impregnados de agua de lavanda seca.

El señor Bumble pareció muy satisfecho al ver esto, y habiendo llegado en el curso de sus pesquisas al cajón mas alto, donde estaba la llave, fijáronse sus miradas en una cajita que, al moverla, despidió un sonido metálico muy agradable.

Hecho esto, el bedel volvió lentamente á sentarse junto á la chimenea, y tomando su primera posición, dijo con aire grave y resuelto:

— ¡Mi partido está tomado!

Despues de pronunciar estas palabras, comenzó á mover la cabeza como un hombre contento de sí mismo, y á contemplar sus piernas de perfil con aire satisfecho.

En aquel momento, la señora Corney entró precipitadamente en la habitación; arrojóse sin aliento en una silla, cerca del fuego, y puso una mano sobre sus ojos y la otra sobre su corazón como una mujer que se ahoga.

— ¿Qué ocurre, señora? preguntó Bumble inclinándose hácia la matrona. ¿Os ha sucedido algo? Contestadme, yo os lo ruego. Estoy sobre, sobre....

El bedel en su turbación no se acordaba de la palabra ascuas, y así dijo:

— Estoy sobre botellas rotas.

— ¡Oh! señor Bumble, exclamó la matrona, ¡estaba tan trastornada!

— ¡Trastornada! señora, replicó el bedel... ¿Quién habrá tenido la audacia de?... ¡Ya comprendo, añadió con aire majestuoso, serán los horrores y miserias de esas pobres!

— Es espantoso el pensarlo, dijo la dama estremeciéndose.

— Entonces no penseis mas en ello, repuso Bumble.

— Yo no puedo resistir, murmuró la dama sollozando.

— Entonces tomad alguna cosa, señora, dijo Bumble con voz melosa y un poco de vino.

— ¡Por nada del mundo! repuso la matrona; ¡imposible!.... ¡Oh! en la tabla de arriba á la derecha. ¡Oh!

Al mismo tiempo la buena señora señalaba con el dedo la alacena, cayendo de nuevo en sus congojas.

El bedel se lanzó hácia la alcoba, cogió una botella verde en el sitio indicado, y despues de llenar una taza de té del licor que contenía, aproximóla á los labios de la dama.

— Ya me siento mejor, dijo la señora Corney, recostándose en su sillón, así que hubo apurado la mitad del contenido de la taza.

El bedel alzó los ojos al techo como en acción de gracias, y dirigiendo despues la vista á la taza comenzó á probar el licor.

— Es menta, dijo la matrona, con voz débil y sonriendo con dulzura; probadlo, señor Bumble. Tiene también un poco de... de otra cosa.

El bedel probó la bebida con aire indeciso, y despues de repetir esta operación por segunda vez, apuró la taza.

— Es muy agradable, dijo la matrona.

— Sí que lo es, señora, contestó el bedel.

Y acercando su silla á la dama, preguntóla qué la había sucedido.

— Nada, contestó la señora Corney; es que soy una mujer tan impresionable, tan sensible y tan débil...

— ¡Oh, no! débil, no, señora, replicó Bumble acercando mas su silla á la dama. ¿Quereis decir que sois débil?

— Todos somos débiles criaturas, repuso la señora Corney, emitiendo un principio general.

— Es verdad, contestó el bedel.

Durante dos ó tres minutos, hubo una pausa por una y otra parte, y al cabo de este tiempo, Bumble había contestado, llevando su brazo izquierdo, desde el respaldo de la silla de la matrona, donde lo puso primero, hasta el talle de la dama, que rodeó con dulzura.

— Todos somos débiles, dijo el bedel.

La matrona suspiró.

— No suspireis, señora Corney, dijo el bedel.

La dama exhaló otro suspiro.

— Este cuartito es muy cómodo, señora, dijo Bumble paseando sus miradas en derredor; otra pieza mas y sería una habitación completa.

— Eso sería demasiado para una sola persona, murmuró la dama.

— Sí, pero no para dos, repuso Bumble con acento de ternura. ¿No es cierto, señora Corney?

Al oír estas palabras la matrona bajó la cabeza, y Bumble alzó la suya para examinar á la dama. La señora Corney desprendió su mano de la del bedel para coger su pañuelo, y volviendo á ponerla insensiblemente en la de su adorador, suspiró.

— Los administradores os suministran el carbon, ¿no es cierto? preguntó Bumble oprimiendo afectuosamente la mano de la señora Corney.

— Y luz también, repuso la matrona correspondiendo á la presión.

— El carbon, la luz y el cuarto, dijo el bedel. ¡Oh señora Corney, sois un ángel!

La dama, no pudiendo resistir á tal impetu de ternura, cayó en los brazos del señor Bumble, y este, vencido por la emoción, selló con un beso apasionado la casta nariz de la matrona.

— ¡Qué perfección parroquial! exclamó el bedel con transporte. ¿Sabeis, adorada mia, que Slout se halla peor esta noche?

— Sí, contestó tímidamente la matrona.

— Segun dice el médico, no concluirá la semana, continuó Bumble, y como está á la cabeza de esta casa, su muerte ha de dejar una vacante, que será necesario proveer. ¡Oh, señora Corney! ¡qué perspectiva! ¡Qué ocasión para unir dos corazones y vivir cómodamente!

La matrona sollozó.

— ¡Decid esa palabrita! continuó el bedel inclinándose hácia la tímida dama; ¡pronunciadla solamente, mi querida señora Corney!

— Sí... suspiró la matrona.

— Otra palabra mas, añadió Bumble; dominad vuestra emoción para contestarme una sola palabra mas... ¿Cuándo será?

La señora Corney intentó hablar dos veces, y otras tantas le faltó la voz. Sacando en fin fuerzas de flaqueza, enlazó con sus brazos el cuello del bedel y le dijo:

— Tan pronto como gustéis, porque es imposible resistiros, palomo mio.

Arreglado así el asunto, á satisfacción de las dos partes contratantes, ratificóse solemnemente el convenio, apurando otra taza de menta, que no podía venir mas á propósito en el estado de agitada emoción en que se encontraba la matrona. Mientras bebían, la señora Corney manifestó á Bumble la muerte de la anciana.

— Muy bien, dijo el bedel saboreando su menta: al marcharme pasaré por casa de Sowerberry para que envíe el ataud mañana temprano. ¿Habeis tenido miedo, amor mio?

— Precisamente miedo, no, amigo mio.

— Sin embargo, debe haber pasado algo, hija mia; ¿no se lo direis á vuestro querido Bumble?

— Ahora no, contestó la matrona; uno de estos días, cuando estemos casados, amigo mio.

— ¡Cuando estemos casados! repitió Bumble. Acaso alguno de esos mendigos habrá tenido la insolencia de...

— No, no, amigo mio, se apresuró á decir la matrona.

— Si lo creyese así, continuó el bedel, y si pudiera suponer que uno de esos miserables había tenido la audacia de mirar con descaro ese hermoso semblante...

— No se hubieran atrevido, amor mio, dijo la matrona.

— Y hacen bien, continuó Bumble enseñando el puño; quisiera ver que un individuo parroquial ó extraparroquial se permitía semejante atrevimiento. Yo respondo de que no sucedería dos veces...

Si á estas palabras no hubiese acompañado gestos enérgicos, acaso no hubieran sido tan halagüeñas para la dama; pero como el bedel profería esta amenaza con aire belicoso, quedó la señora Corney tan enternecida, que no pudo menos de confesar con admiración que Bumble era un verdadero tortolillo.

El bedel se alzó el cuello de su leviton, púsose el tricorno, y cambiando con su futura mitad un tierno y prolongado beso, salió para arrostrar segunda vez la helada brisa de la noche.

Detúvose apenas algunos instantes en la sala de los indigentes para martirizarles un poco, á fin de asegurarse bien que tenía la rudeza necesaria para desempeñar las funciones del director del asilo, y persuadido de su aptitud, encaminóse á casa de Sowerberry con el corazón alegre por la brillante perspectiva de un próximo ascenso.

Los esposos Sowerberry habían ido á tomar el té fuera, y como Noé Claypole no se daba nunca mucha prisa en cumplir con su obligación, ni quería activar con demasiado movimiento sus funciones digestivas, no estaba aun la puerta cerrada, á pesar de ser ya tarde.



La salida de Clichy (prisión por deudas) el 24 de julio á las doce y media de la noche. — (Véase la *Revista de Paris* del número 744.)

El bedel dió varios bastonazos sobre el mostrador; pero nadie acudió, y como percibiese un débil resplandor detrás de la puerta de la trastienda, decidióse á mirar lo que allí habia, y no quedó poco admirado ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

El mantel estaba extendido para cenar, y sobre la mesa habia pan, manteca, platos, vasos, un jarro de cerveza y una botella de vino.

Noé Claypole, muellemente recostado en un sillón, con las piernas estiradas, tenia un cuchillo en la mano, y una rebanada de pan y manteca en la otra.

A su lado hallábase Carlota, ocupada en abrir ostras, que el buen Claypole tenia á bien comerse con notable ligereza.

Su nariz, mas colorada que de costumbre, y cierto movimiento en los ojos, indicaba bien á las claras que habia honrado la bebida, confirmando estos síntomas la avidez con que hacia desaparecer las ostras, cuyas propiedades refrescantes apreciaba sin duda en los casos de inflamación interna.

— Tomad, Noé, dijo Carlota, hé aquí una bien grande y hermosa, probadla... vaya otra para concluir.

— ¡Qué cosa tan buena es una ostra! observó Claypole despues de habérsela comido: ¡qué lástima que no se puedan comer muchas sin que hagan daño! ¿No es verdad, Carlota?

— Es una verdad cruel, contestó Carlota.

— ¿Y nos os gustan las ostras, Carlota?

— No, contestó la jóven; prefiero véros las comer que comerlas yo misma, querido Noé.

— ¡Toma! exclamó Noé despues de reflexionar un momento, ¡eso sí que es extraño!

— Vamos, tomad otra, que debe ser muy delicada, dijo Carlota.

— Ya no puedo mas, repuso Noé; es imposible, lo siento mucho. Venid aquí, Carlota, que os dé un abrazo.

— ¡Cómo! exclamó Bumble lanzándose en la habitación; repetid eso si os atreveis.

Carlota lanzó un grito, ocultándose la cara con el delantal, en tanto que Claypole, sin moverse mas que para sentar los piés en el suelo, contemplaba al bedel con el aire de un borracho asustado.

— ¡Repetid esas palabras, miserable tunante! gritó Bumble. ¿Cómo os atreveis á semejante desacato, señor mio? Y ¿cómo se atreve esta picara á consentirlo? ¡Abrazarla! exclamó Bumble en el colmo de la indignación, ¿cómo se entiende?

— Yo no tenia intencion de hacerlo, dijo Noé con las lágrimas en los ojos; es ella la que siempre me abraza; quiera ó no quiera.

— ¡Oh, Noé! murmuró Carlota con acento de queja.

— Sí, es verdad, ya sabeis que sí, replicó Noé; ella es la que siempre me pasa la mano por la cara haciéndome mil caricias.

— ¡Silencio! dijo severamente el bedel; bajad á la cocina, muchacha. Y vos, Noé, cerrad la tienda, y ni

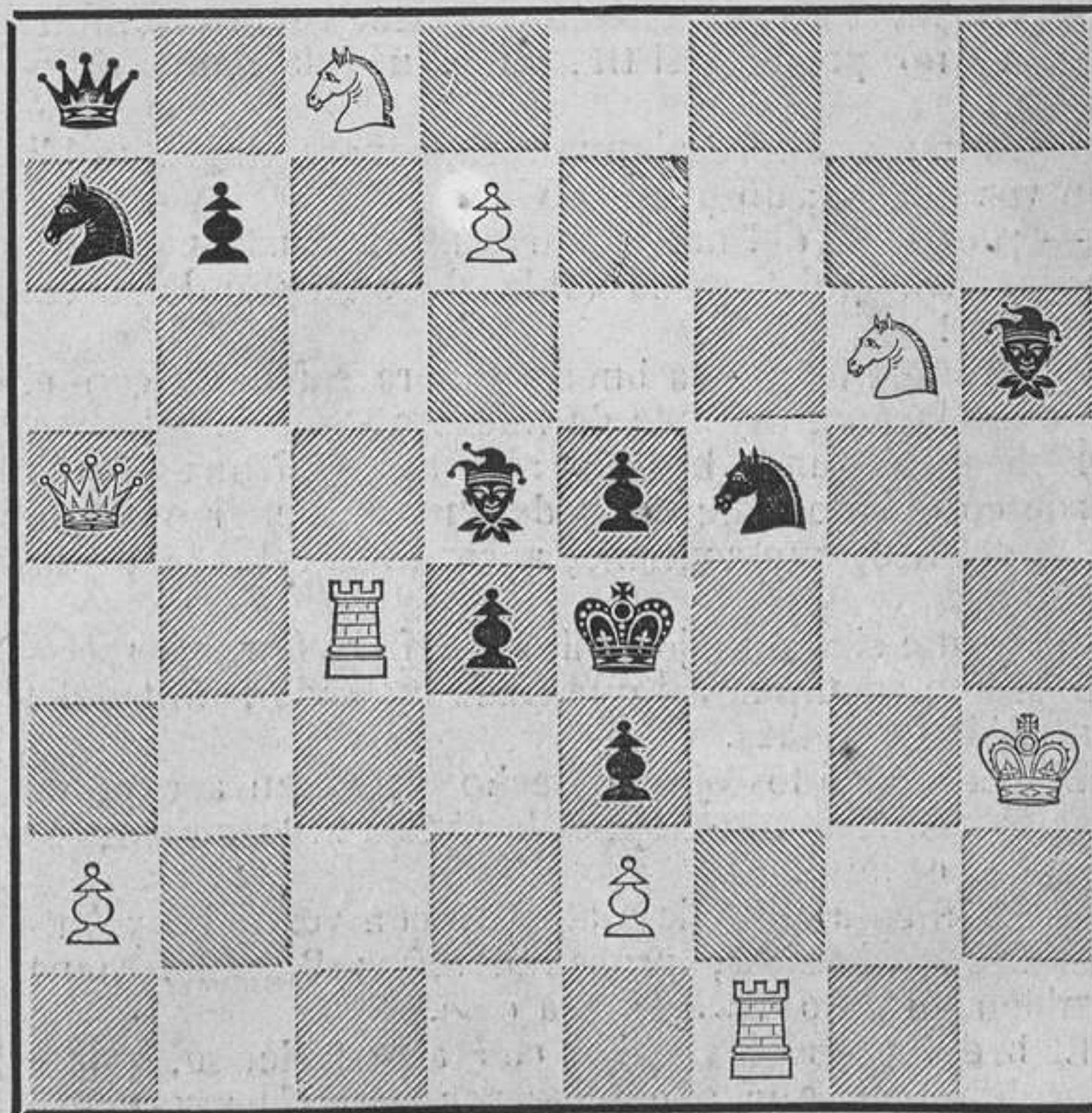
una palabra mas. Cuando vuelva vuestro amo, decidle que he venido para encargarle que envíe mañana un ataúd para una vieja que ha muerto. ¿Lo entendeis, caballero? — ¡Un abrazo! añadió levantando las manos;

Problemas de ajedrez.

En el problema número 244 se ha cometido un error: un A blanco ha sido colocado en la primera casilla de la T del R, en lugar de un A negro. Rogamos á nuestros lectores se sirvan hacer la rectificación.

PROBLEMA NÚMERO 245, POR M. ENGLEHARDT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

la perversidad y desmoralización de la clase baja es espantosa en este distrito parroquial. Si el parlamento no toma esto en consideración, el país está perdido, y las antiguas costumbres de los honrados lugareños desaparecerán para siempre.

Así diciendo, el bedel salió de la tienda con aire sombrío y majestuoso.

Y ahora que le hemos seguido hasta su puerta, y que hemos hecho todos los preparativos necesarios para los funerales de la pobre anciana, vamos á informarnos de la suerte del pobre Oliverio Twist y á ver si permanece aun á la orilla del foso donde le dejara Sikes.

XXVIII.

— ¡Que el diablo os lleve! murmuró Sikes rechinando los dientes; yo quisiera teneros bajo mi mano para que aullárais con mas fuerza.

Y profiriendo estas imprecaciones con toda la rabia de su carácter feroz, colocó sobre sus rodillas el muchacho herido y volvió un instante la cabeza para ver si percibia á sus perseguidores.

Pero no era posible á causa de la niebla y de la oscuridad: por todas partes, no obstante, oíanse los gritos de los hombres, los ladridos de los perros y el lúgubre tañer de las campanas dando la señal de alarma.

— ¡Detente, cobarde! gritó el bandido apuntando á Toby que valiéndose de sus largas piernas habia tomado la delantera. ¡Detente!

Conociendo Toby que no se hallaba fuera del alcance de las pistolas de Sikes, y que este no estaba para bromas, se detuvo de pronto.

— Ven á dar una mano á este muchacho, gritó Sikes haciendo una señal imperiosa á su cómplice; ¡aquí pronto!

Toby comenzó á dar algunos pasos, pero murmurando y sin apresurarse mucho.

— Mas aprisa, gritó el bandido poniendo al chico á la orilla de un foso sin agua y sacando una pistola del bolsillo; no te hagas el tonto conmigo.

En aquel momento, el ruido llegó á ser mas fuerte, y Sikes, mirando á su alrededor, pudo ver que los que le perseguian acababan de franquear la última valla lanzando dos perros para no perder la pista.

— ¡Sálvese el que pueda, Guillermo! gritó Toby; deja el muchacho y aprieta á correr.

Al decir esto, Crackit, prefiriendo la probabilidad de ser muerto por su amigo, á la certeza de ser cogido por sus enemigos, volvió las espaldas y huyó á la carrera.

Sikes, rechinando los dientes, lanzó otra rápida ojeada á su alrededor, y despues de arrojar sobre el inanimado cuerpo de Oliverio la esclavina con que le envolvió anteriormente, echó á correr á lo largo de una cerca como para desorientar á sus perseguidores del sitio en que estaba el muchacho.

(Se continuará.)